*Volumen intermedio

EL DISCURSO SOBRE EL ESPIRITU POSITIVO, publicado en 1844 como introducción a un «Tratado filosófico de astronomía popular», es una incomparable exposición, a la vez densa y clara, del pensamiento de AUGUSTO COMTE (1798-1857), fundador y maestro de una de las corrientes filosóficas que dominaron el siglo XIX. Obra de madurez, posterior al «Sistema de filosofía positiva», encierra vigorosamente los momentos fundamentales de las concepciones comtianas y los agrupa en páginas tan escasas como concisas y trasparentes. Como indica JULIAN MARIAS, prologuista y traductor del volumen, «la peregrina suerte del positivismo, al querer convertirlo en casi-religión, ha hecho que llegue, sobre todo, a nosotros jerarquizado y hieratizado, y que se desvanezca toda la sustancia filosófica que pueda tener; conviene, pues, volver a las fuentes vivas para entender qué han sido la filosofía y el mundo después del Idealismo alemán». Por lo demás, hay en la obra de Comte, aparte de su estricta intención filosófica y de sus concepciones sobre los estadios del progreso de la humanidad, una visión de la realidad histórica, un intento de sociología e ideas claras sobre la política de su época «y acaso, también, de la nuestra».

El libro de bolsillo Alianza Editorial

Cubierta: Daniel Gil

AUGUSTE COMTE
DISCURSO SOBRE EL ESPIRITU POSITIVO

ALIANZA EDITORIAL

Versión y prólogo de Julián Marías

Discurso sobre el espíritu positivo

Sección: Clásicos

Auguste Comte:
Discurso sobre el espíritu positivo

Versión y prólogo de
Julián Marías

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid

Título original: *Discour sur l'esprit positif*
Traductor: Julián Marías

Primera edición en «Revista de Occidente»: 1934

© de la traducción y prólogo: Julián Marías
© Revista de Occidente, S. A., Madrid, 1934
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1980
Calle Milán, 38; ☎ 200 00 45
ISBN: 84-206-1803-9
Depósito legal: M. 43.628 - 1980
Compuesto por Fernández Ciudad, S. L.
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Martínez Paje, 5. Madrid-29
Printed in Spain

En el año 1844, Augusto Comte publicó el *Discurso sobre el espíritu positivo,* como introducción a un «Tratado filosófico de astronomía popular», aludido muchas veces en el texto. Se trata de un breve libro que encierra vigorosamente lo esencial del pensamiento comtiano. Es una obra de madurez, posterior al «Sistema de filosofía positiva», que recoge sus momentos fundamentales y los agrupa en páginas escasas y densas.

Desde comienzos de siglo, la reacción contra el positivismo lo ha desalojado de la actualidad filosófica. Esto era inevitable y necesario. Pero conviene distinguir, dentro del positivismo, dos dimensiones diferentes. Por una parte, la dimensión negativa según la cual el positivismo no era filosofía. La muerte de esto era inexorable. Pero, por otra parte, hay el hecho del positivismo, que es mucho más que un hecho. Nos encontramos con que en el siglo pasado la Humanidad fue positivista, y que nosotros ya no lo somos, es decir, hemos dejado de serlo. A nadie puede ocultársele que nuestra situación no es igual que si no hubiese habido positivismo en el

mundo. Venimos de él; y no podemos acabar de entendernos si no lo entendemos.

Naturalmente, no nos importa demasiado conocer el contenido minucioso de la ciencia positivista, caduca en buena parte. Lo que nos interesa es saber, propiamente, qué es ser positivista. Esto nos puede dar gran claridad sobre la época inmediatamente anterior y, al mismo tiempo, sobre la nuestra. En otros términos, nos importa conocer en qué ha consistido el espíritu —alguien dirá la falta de espíritu— positivista. Si se nos hace claro este espíritu, podremos luego comprender fácilmente toda la letra acumulada en torno suyo, y la larga exégesis de más de medio siglo.

Porque ésta es otra. A fuerza de hablar de los positivistas, nos hemos olvidado de Comte; es decir, de lo que en Comte pueda haber vivo. Y, desde luego, hay una enorme distancia entre el fundador y los fundados. La peregrina suerte del positivismo, al querer convertirlo en casi-religión, ha hecho que llegue, sobre todo, a nosotros jerarquizado y hieratizado, y que se desvanezca toda la sustancia filosófica que pudo tener. Conviene, pues, volver a las fuentes vivas para entender qué han sido la filosofía y el mundo después del Idealismo alemán. De la intelección suficiente del positivismo, que, naturalmente, excedería de él, se podría esperar la más clara luz sobre un amplio grupo de problemas, que afectan de modo decisivo a nuestro tiempo. La publicación de este *Discurso* pretende ser un paso certero en esa dirección.

Y no es esto sólo. Hay en Comte, fuera de su estricta intención filosófica, muchas cosas fecundas. Hay una visión de la realidad histórica entera; un intento —cuando menos— de sociología; ideas claras sobre la política de su época y acaso, en cierta medida, también de la nuestra. Conviene no olvidar todas estas cosas; conviene contar con ellas, en su expresión originaria, como nos las muestra, en apretado haz, este *Discurso*. Sería injusto y dañoso que todo esto quedase arrastrado y

envuelto, sin revisión, por el conjunto, en quiebra, del positivismo.

Además, el *Discurso sobre el espíritu positivo* es, sin duda, una incomparable exposición de todo el sistema comtiano. Denso y claro. Y, sobre todo, con una ventaja esencial sobre toda exposición ulterior: cualquier libro positivista nos da lo que Comte ha sido para sus «continuadores»; la obra original, en cambio, nos da el pensamiento auténtico y primitivo; y podemos nosotros subrayar en él lo que acaso escapó a los seguidores de Comte. Y esto no sólo por una posible insuficiencia suya, sino, ante todo, porque se movían en un horizonte positivista. ¿No hemos de poder descubrir nosotros los supuestos —no positivistas, claro es— de este movimiento? ¿No hemos de ver lo que «hoy» pueda Comte tener de actual, aunque acaso no encajara en el marco de las ideas usuales en la segunda mitad del XIX?

Estas razones justifican la publicación del *Discurso* en nuestros días. Y la concisa transparencia de este breve libro, escrito con un propósito de lograr gran difusión, lo hace propio para ser incluido en esta serie de obras esenciales, donde, aunque otra cosa pudiera tal vez temerse, responderá rigurosamente al título: «Textos filosóficos».

Por otra parte, tanto por lo menos como aquellos aciertos antes indicados, nos importa advertir las profundas y esenciales quiebras del positivismo. Ver en qué consiste su última falsedad esencial, el error decisivo que hace morir al positivismo al llegar a su madurez, a esa madurez «definitiva» que tan cara fue al progresismo de Augusto Comte. Y nos interesa, por último, reparar en aquellas cosas que siempre fueron problemáticas en su pensamiento, a pesar del aire mágico y como de buena nueva que corre entre sus páginas. Por ejemplo, conviene fijarse en los motivos y las dificultades internas de aquella gran idea que fue el progresismo; en la oculta violencia que encierra la con-

sideración de la Humanidad como el ente supremo, fin de nuestras vidas personales.

Merece la pena parar la atención en el estilo de la prosa comtiana. No es algo meramente exterior y accidental, sino que es indicio también del estilo de su pensamiento. Compárese la prosa torpe, desmañada, sin elegancia, de Comte, llena de expresiones de tecnicismo filosófico, usado sin rigor y a veces a destiempo, de abstracción rebuscada, con aquel otro estilo anterior de los idealistas alemanes, con la lengua briosa de Fichte y Hegel, por ejemplo, o también con las páginas finas, pulidas, aceradas, de Brentano. No sería excesivo querer encontrar una esencial analogía entre estos tres estilos literarios y las tres distintas maneras de pensar que han albergado con sus formas, y que resumen la historia entera de la Filosofía del último siglo. En la traducción, por eso mismo, he respetado las características, un poco ingratas ciertamente, del estilo, gris y sin acento, del original.

Para esta versión se ha utilizado la edición de la «Société Positiviste Internationale», París, 1923. Se ha conservado en ella la división en partes, capítulos y secciones, y la numeración de los párrafos, que introdujeron los editores del texto francés, ya que Augusto Comte publicó su *Discurso* en un único capítulo, sin divisiones dentro de él.

J. M.

Primera parte
Superioridad mental del espíritu positivo

1.—El conjunto de los conocimientos astronómicos, considerado hasta aquí demasiado aisladamente, no debe constituir ya en adelante más que uno de los elementos indispensables de un nuevo sistema indivisible de filosofía general, preparado gradualmente por el concurso espontáneo de todos los grandes trabajos científicos pertenecientes a los tres siglos últimos, y llegado hoy, finalmente, a su verdadera madurez abstracta. En virtud de esta íntima conexión, todavía muy poco comprendida, la naturaleza y el destino de este *Tratado* no podrían ser suficientemente apreciados, si este preámbulo necesario no estuviera consagrado, sobre todo, a definir convenientemente el verdadero espíritu fundamental de esta filosofía, cuyo establecimiento universal debe llegar a ser, en el fondo, el fin esencial de tal enseñanza. Como se distingue principalmente por una preponderancia continua, a la vez lógica y científica, del punto de vista histórico o social, debo ante todo, para caracterizarla mejor, recordar sumariamente la gran ley que he establecido en mi *Sistema de filosofía positiva,*

sobre la evolución intelectual entera de la Humanidad, ley de la que, por otra parte, nuestros estudios astronómicos echarán luego mano con frecuencia.

Capítulo I
Ley de la evolución intelectual de la humanidad
o ley de los tres estados

2.—Según esta doctrina fundamental, todas nuestras especulaciones, cualesquiera, están sujetas inevitablemente, sea en el individuo, sea en la especie, a pasar sucesivamente por tres estados teóricos distintos, que las denominaciones habituales de teológico, metafísico y positivo podrán calificar aquí suficientemente, para aquellos, al menos, que hayan comprendido bien su verdadero sentido general. Aunque, desde luego, indispensable en todos aspectos, el primer estado debe considerarse siempre, desde ahora, como provisional y preparatorio; el segundo, que no constituye en realidad más que una modificación disolvente de aquél, no supone nunca más que un simple destino transitorio, a fin de conducir gradualmente al tercero; en éste, el único plenamente normal, es en el que consiste, en todos los géneros, el régimen definitivo de la razón humana.

I. Estado teológico o ficticio

3.—En su primer despliegue, necesariamente teológico, todas nuestras especulaciones muestran espontá-

neamente una predilección característica por las cuestiones más insolubles, por los temas más radicalmente inaccesibles a toda investigación decisiva. Por un contraste que, en nuestros días, debe parecer al pronto inexplicable, pero que, en el fondo, está en plena armonía con la verdadera situación inicial de nuestra inteligencia, en una época en que el espíritu humano está aún por bajo de los problemas científicos más sencillos, busca ávidamente, y de un modo casi exclusivo, el origen de todas las cosas, las *causas* esenciales, sea primeras, sea finales, de los diversos fenómenos que le extrañan, y su modo fundamental de producción; en una palabra, los conocimientos absolutos. Esta necesidad primitiva se encuentra satisfecha, naturalmente, tanto como lo exige una situación tal, e incluso, en efecto, tanto como pueda serlo nunca, por nuestra tendencia inicial a transportar a todas partes el tipo humano, asimilando todos los fenómenos, sean cualesquiera, a los que producimos nosotros mismos y que, por esto, empiezan por parecernos bastante conocidos, según la intuición inmediata que los acompaña. Para comprender bien el espíritu, puramente teológico, resultado del desarrollo, cada vez más sistemático, de este estado primordial, no hay que limitarse a considerarlo en su última fase, que se acaba, a nuestra vista, en los pueblos más adelantados, pero que no es, ni con mucho, la más característica: resulta indispensable echar una mirada verdaderamente filosófica sobre el conjunto de su marcha natural, a fin de apreciar su identidad fundamental bajo las tres formas principales que le pertenecen sucesivamente.

4.—La más inmediata y la más pronunciada constituye el fetichismo propiamente dicho, que consiste ante todo en atribuir a todos los cuerpos exteriores una vida esencialmente análoga a la nuestra, pero más enérgica casi siempre, según su acción, más poderosa de ordinario. La adoración de los astros caracteriza el grado más alto de esta primera fase teológica, que, al principio, apenas difiere del estado mental en que se detienen

los animales superiores. Aunque esta primera forma de la filosofía teológica se encuentra con evidencia en la historia intelectual de todas nuestras sociedades, no domina directamente hoy más que en la menos numerosa de las tres grandes razas que componen nuestra especie.

5.—En su segunda fase esencial, que constituye el verdadero *politeísmo,* confundido con excesiva frecuencia por los modernos con el estado precedente, el espíritu teológico representa netamente la libre preponderancia especulativa de la imaginación, mientras que hasta entonces habían prevalecido sobre todo el instinto y el sentimiento en las teorías humanas. La filosofía inicial sufre aquí la más profunda transformación que pueda afectar al conjunto de su destino real, en el hecho de que la vida es por fin retirada de los objetos materiales para ser misteriosamente transportada a diversos seres ficticios, habitualmente invisibles, cuya activa y continua intervención se convierte desde ahora en la fuente directa de todos los fenómenos exteriores e incluso, más tarde, de los fenómenos humanos. Durante esta fase característica, mal apreciada hoy, es donde hay que estudiar principalmente el espíritu teológico, que se desenvuelve en ella con una plenitud y una homogeneidad ulteriormente imposible: ese tiempo es, en todos aspectos, el de su mayor ascendiente, a la vez mental y social. La mayor parte de nuestra especie no ha salido todavía de tal estado, que persiste hoy en la más numerosa de las tres razas humanas, sin contar lo más escogido de la raza negra y la parte menos adelantada de la raza blanca.

6.—En la tercera fase teológica, el *monoteísmo* propiamente dicho, comienza la inevitable decadencia de la filosofía inicial, que, conservando mucho tiempo una gran influencia social —sin embargo, más que real, aparente—, sufre desde entonces un rápido descrecimiento intelectual, por una consecuencia espontánea de esta simplificación característica, en que la razón viene a restringir cada vez más el dominio anterior de la ima-

ginación, dejando desarrollar gradualmente el sentimiento universal, hasta entonces casi insignificante, de la sujeción necesaria de todos los fenómenos naturales a leyes invariables. Bajo formas muy diversas, y hasta radicalmente inconciliables, este modo extremo del régimen preliminar persiste aún, con una energía muy desigual, en la inmensa mayoría de la raza blanca; pero, aunque así sea de observación más fácil, estas mismas preocupaciones personales traen hoy un obstáculo demasiado frecuente a su apreciación juiciosa, por falta de una comparación bastante racional y bastante imparcial con los dos modos precedentes.

7.—Por imperfecta que deba parecer ahora tal manera de filosofar, importa mucho ligar indisolublemente el estado presente del espíritu humano al conjunto de sus estados anteriores, reconociendo convenientemente que aquella manera tuvo que ser durante largo tiempo tan indispensable como inevitable. Limitándonos aquí a la simple apreciación intelectual, sería por de pronto superfluo insistir en la tendencia involuntaria que, incluso hoy, nos arrastra a todos, evidentemente, a las explicaciones esencialmente teológicas, en cuanto queremos penetrar directamente el misterio inaccesible del modo fundamental de producción de cualesquiera fenómenos, y sobre todo respecto a aquellos cuyas leyes reales todavía ignoramos. Los más eminentes pensadores pueden comprobar su propia disposición natural al más ingenuo fetichismo, cuando esta ignorancia se halla combinada de momento con alguna pasión pronunciada. Así pues, si todas las explicaciones teológicas han caído, entre los occidentales, en un desuso creciente y decisivo, es sólo porque las misteriosas investigaciones que tenían por designio han sido cada vez más apartadas, como radicalmente inaccesibles a nuestra inteligencia, que se ha acostumbrado gradualmente a sustituirlas irrevocablemente con estudios más eficaces y más en armonía con nuestras necesidades verdaderas. Hasta en un tiempo en que el verdadero espíritu filosófico había ya prevalecido respecto a los más sencillos fenómenos y en

un asunto tan fácil como la teoría elemental del choque, el memorable ejemplo de Malebranche recordará siempre la necesidad de recurrir a la intervención directa y permanente de una acción sobrenatural, siempre que se intenta remontarse a la causa primera de cualquier suceso. Y, por otra parte, tales tentativas, por pueriles que hoy justamente parezcan, constituían ciertamente el único medio primitivo de determinar el continuo despliegue de las especulaciones humanas, apartando espontáneamente nuestra inteligencia del círculo profundamente vicioso en que primero está necesariamente envuelta por la oposición radical de dos condiciones igualmente imperiosas. Pues, si bien los modernos han debido proclamar la imposibilidad de fundar ninguna teoría sólida sino sobre un concurso suficiente de observaciones adecuadas, no es menos incontestable que el espíritu humano no podría nunca combinar, ni siquiera recoger, esos indispensables materiales, sin estar siempre dirigido por algunas miras especulativas, establecidas de antemano. Así, estas concepciones primordiales no podían, evidentemente, resultar más que de una filosofía dispensada, por su naturaleza, de toda preparación larga, y susceptible, en una palabra, de surgir espontáneamente, bajo el solo impulso de un instinto directo, por quiméricas que debiesen ser, por otra parte, especulaciones así desprovistas de todo fundamento real. Tal es el feliz privilegio de los principios teológicos, sin los cuales se debe asegurar que nuestra inteligencia no podía salir de su torpeza inicial y que, ellos solos, han podido permitir, dirigiendo su actividad especulativa, preparar gradualmente un régimen lógico mejor. Esta aptitud fundamental fue, además, poderosamente secundada por la predilección originaria del espíritu humano por los problemas insolubles que perseguía sobre todo aquella filosofía primitiva. No podemos medir nuestras fuerzas mentales y, por consecuencia, circunscribir certeramente su destino más que después de haberlas ejercitado lo bastante. Pero este ejercicio indispensable no podía primero determinarse, sobre todo

en las facultades más débiles de nuestra naturaleza, sin el enérgico estímulo inherente a tales estudios, donde tantas inteligencias mal cultivadas persisten aún en buscar la más pronta y completa solución de las cuestiones directamente usuales. Hasta ha sido preciso, mucho tiempo, para vencer suficientemente nuestra inercia nativa, recurrir también a las poderosas ilusiones que suscitaba espontáneamente tal filosofía sobre el poder casi indefinido del hombre para modificar a su antojo un mundo, concebido entonces como esencialmente ordenado para su uso, y que ninguna gran ley podía todavía sustraer a la arbitraria supremacía de las influencias sobrenaturales. Apenas hace tres siglos que, en lo más granado de la Humanidad, las esperanzas astrológicas y alquimistas, último vestigio científico de ese espíritu primordial, han dejado realmente de servir a la acumulación diaria de las observaciones correspondientes, como Kepler y Berthollet, respectivamente, lo han indicado.

8.—El concurso decisivo de estos diversos motivos intelectuales se fortificaría, además, poderosamente, si la naturaleza de este *Tratado* me permitiera señalar en él suficientemente la influencia irresistible de las altas necesidades sociales, que he apreciado convenientemente en la obra fundamental mencionada al comienzo de este *Discurso*. Se puede así demostrar, primero, plenamente cuánto tiempo ha debido ser el espíritu teológico indispensable para la combinación permanente de las ideas morales y políticas, más especialmente todavía que para la de todas las otras, sea en virtud de su complicación superior, sea porque los fenómenos correspondientes, primitivamente demasiado poco pronunciados, no podían adquirir un desarrollo característico sino tras un despliegue muy prolongado de la civilización humana. Es una extraña inconsecuencia, apenas excusable por la tendencia ciegamente crítica de nuestro tiempo, el reconocer, para los antiguos, la imposibilidad de filosofar sobre los asuntos más sencillos, de otro modo que siguiendo el método teológico, y desconocer, sin embargo, sobre todo entre los politeístas, la insuperable necesidad de un régimen análogo frente a las especulaciones sociales. Pero es menester, además, advertir, aunque aquí no pueda establecerlo, que esta filosofía inicial no ha sido menos indispensable para el despliegue preliminar de nuestra sociabilidad que para el de nuestra inteligencia, ya para constituir primitivamente ciertas doctrinas comunes, sin las que el vínculo social no habría podido adquirir ni extensión ni consistencia, ya suscitando espontáneamente la única autoridad espiritual que pudiera entonces surgir.

II. Estado metafísico o abstracto

9.—Por sumarias que aquí tuvieran que ser estas explicaciones generales sobre la naturaleza provisional y el destino preparatorio de la única filosofía que realmente conviniera a la infancia de la Humanidad, hacen sentir fácilmente que este régimen inicial difiere demasiado hondamente, en todos aspectos, del que vamos a ver corresponder a la virilidad mental, para que el paso gradual de uno a otro pudiera operarse gradualmente, bien en el individuo o bien en la especie, sin el creciente auxilio de una como filosofía intermedia, esencialmente limitada a este menester transitorio. Tal es la participación especial del estado metafísico propiamente dicho en la evolución fundamental de nuestra inteligencia, que, llena de antipatía por todo cambio brusco, puede elevarse así, casi insensiblemente, del estado puramente teológico al estado francamente positivo, aunque esta equívoca situación se aproxime, en el fondo, mucho más al primero que al último. Las especulaciones en ella dominantes han conservado el mismo esencial carácter de tendencia habitual a los conocimientos absolutos: sólo la solución ha sufrido aquí una transformación notable, propia para facilitar el mejor despliegue de las concepciones positivas. Como la teología, en efecto, la metafísica intenta sobre todo ex-

plicar la íntima naturaleza de los seres, el origen y el destino de todas las cosas, el modo esencial de producirse todos los fenómenos; pero en lugar de emplear para ello los agentes sobrenaturales propiamente dichos, los reemplaza, cada vez más, por aquellas *entidades* o abstracciones personificadas, cuyo uso, en verdad característico, ha permitido a menudo designarla con el nombre de *ontología*. No es sino demasiado fácil hoy observar sin dificultad una manera tal de filosofar, que, preponderante todavía respecto a los fenómenos más complicados, ofrece todos los días, hasta en las teorías más sencillas y menos atrasadas, tantas huellas apreciables de su larga dominación [1]. La eficacia histórica de estas entidades resulta directamente de su carácter equívoco, pues en cada uno de estos entes metafísicos, inherente al cuerpo correspondiente sin confundirse con él, el espíritu puede, a voluntad, según que esté más cerca del estado teológico o del estado positivo, ver, o una verdadera emanación del poder sobrenatural, o una simple denominación abstracta del fenómeno considerado. Ya no es entonces la pura imaginación la que domina, y todavía no es la verdadera observación: pero el razonamiento adquiere aquí mucha extensión y se prepara confusamente al ejercicio verdaderamente científico. Se debe hacer notar, por otra parte, que su parte especulativa se encuentra primero muy exagerada, a causa de aquella pertinaz tendencia a argumentar en vez de observar que, en todos los géneros, caracteriza habitualmente al espíritu metafísico, incluso en sus órganos más eminentes. Un orden de concepciones tan flexible, que no supone en forma alguna la consistencia propia, durante tanto tiempo, del sistema teológico, debe llegar, por otra parte mucho más rápidamente, a la correspondiente unidad, por la subordinación gradual de las diversas entidades particulares a una sola entidad general, la *Naturaleza,* destinada a determinar el débil equivalente metafísico de la vaga conexión universal que resultaba del monoteísmo.

[1] Casi todas las explicaciones de costumbre relativas a los fenómenos sociales, la mayor parte de las que conciernen al hombre intelectual y moral, una gran parte de nuestras teorías fisiológicas o médicas, e incluso también diversas teorías químicas, etcétera, recuerdan todavía directamente la extraña manera de filosofar tan graciosamente caracterizada por Molière, sin ninguna exageración grave, con ocasión, por ejemplo, de la *virtud dormitiva* del opio, de acuerdo con la decisiva conmoción que Descartes acababa de hacer sufrir a todo el régimen de las entidades.

10.—Para comprender mejor, sobre todo en nuestros días, la eficacia histórica de tal aparato filosófico, importa reconocer que, por su naturaleza, no es susceptible más que de una mera actividad *crítica* o disolvente, incluso mental, y, con mayor razón, social, sin poder organizar nunca nada que le sea propio. Radicalmente inconsecuente, este espíritu equívoco conserva todos los fundamentos principales del sistema teológico, pero quitándoles cada vez más aquel vigor y fijeza indispensables a su autoridad efectiva; y en una alteración semejante es en donde consiste, en efecto, desde todos los puntos de vista, su principal utilidad pasajera, cuando el régimen antiguo, mucho tiempo progresivo para el conjunto de la evolución humana, se encuentra, inevitablemente, llegado a aquel grado de prolongación abusiva en que tiende a perpetuar indefinidamente el estado de infancia que primero había dirigido tan felizmente. La metafísica no es, pues, realmente, en el fondo, más que una especie de teología gradualmente enervada por simplificaciones disolventes, que la privan espontáneamente del poder directo de impedir el despliegue especial de las concepciones positivas, conservándole siempre, sin embargo, la aptitud provisional para mantener un cierto e indispensable ejercicio de generalización, hasta que pueda, por fin, recibir mejor alimento. Según su carácter contradictorio, el régimen metafísico u ontológico está siempre situado en la inevitable alternativa de tender a una vana restauración del estado teológico, para satisfacer las condiciones de orden, o bien llegar a una situación puramente negativa, a fin de escapar al opresivo imperio de la teología. Esta oscilación necesaria, que ahora no se observa más que frente a las más difí-

ciles teorías, ha existido igualmente en otro tiempo, a propósito de las más sencillas, mientras ha durado su edad metafísica, en virtud de la impotencia orgánica que pertenece siempre a tal manera de filosofar. Si la razón pública no la hubiera rechazado desde hace largo tiempo para ciertas nociones fundamentales, no se debe temer asegurar que las insensatas dudas que suscitó, hace veinte siglos, sobre la existencia de los cuerpos exteriores, subsistirían aún esencialmente, porque nunca las ha disipado con certeza por ninguna argumentación decisiva. Se puede contemplar, finalmente, el estado metafísico como una especie de enfermedad crónica inherente por naturaleza a nuestra evolución mental, individual o colectiva, entre la infancia y la virilidad.

11.—Como las especulaciones históricas no se remontan casi nunca, entre los modernos, más allá de los tiempos de politeísmo, el espíritu metafísico debe parecer en ellas casi tan antiguo como el mismo espíritu teológico, puesto que ha presidido necesariamente, si bien de un modo implícito, la transformación primitiva del fetichismo en politeísmo, para sustituir ya a la actividad puramente sobrenatural, que, apartada de cada cuerpo particular, debía dejar espontáneamente en él alguna entidad correspondiente. No obstante, como esta primera revolución teológica no pudo entonces engendrar ninguna discusión verdadera, la intervención continua del espíritu ontológico no empezó a ser plenamente característica hasta la revolución siguiente, para reducir el politeísmo a monoteísmo, de quien debió ser el órgano natural. Su creciente influencia debía parecer primero orgánica, mientras permanecía subordinado al impulso teológico; pero su naturaleza esencialmente disolvente hubo de manifestarse luego cada vez más, cuando intentó gradualmente llevar la simplificación de la teología incluso allende el monoteísmo vulgar, que constituía, con absoluta necesidad, la fase extrema verdaderamente posible de la filosofía inicial. Así es cómo el espíritu metafísico, durante los cinco siglos últimos, ha secundado negativamente el despliegue fundamental

de nuestra civilización moderna, descomponiendo poco a poco el sistema teológico, que se había hecho por fin retrógrado, desde que la eficacia social del régimen monoteísta se hallaba esencialmente agotada, al término de la edad media. Por desgracia, después de haber cumplido, en cada género, este oficio indispensable, pero pasajero, la acción demasiado prolongada de las concepciones ontológicas ha tenido siempre que tender a impedir también toda organización real distinta del sistema especulativo; de manera que el obstáculo más peligroso para el establecimiento final de una verdadera filosofía resulta, en efecto, hoy de este mismo espíritu que a menudo se atribuye todavía el privilegio casi exclusivo de las meditaciones filosóficas.

III. Estado positivo o real

1.° *Carácter principal: la Ley o Subordinación constante de la imaginación a la observación.*

12.—Esta larga serie de preámbulos necesarios conduce al fin a nuestra inteligencia, gradualmente emancipada, a su estado definitivo de positividad racional, que se debe caracterizar aquí de un modo más especial que los dos estados preliminares. Como tales ejercicios preparatorios han comprobado espontáneamente la radical vaciedad de las explicaciones vagas y arbitrarias propias de la filosofía inicial, ya teológica, ya metafísica, el espíritu humano renuncia desde ahora a las investigaciones absolutas que no convenían más que a su infancia, y circunscribe sus esfuerzos al dominio, desde entonces rápidamente progresivo, de la verdadera observación, única base posible de los conocimientos accesibles en verdad, adaptados sensatamente a nuestras necesidades reales. La lógica especulativa había consistido hasta entonces en razonar, con más o menos sutiliza, según principios confusos que, no ofreciendo prueba alguna suficiente, suscitaban siempre disputas sin

salida. Desde ahora reconoce, como *regla fundamental*, que toda proposición que no puede reducirse estrictamente al mero enunciado de un hecho, particular o general, no puede ofrecer ningún sentido real e inteligible. Los principios mismos que emplea no son ya más que verdaderos hechos, sólo que más generales y más abstractos que aquellos cuyo vínculo deben formar. Por otra parte, cualquiera que sea el modo, racional o experimental, de llegar a su descubrimiento, su eficacia científica resulta exclusivamente de su conformidad, directa o indirecta, con los fenómenos observados. La pura imaginación pierde entonces irrevocablemente su antigua supremacía mental y se subordina necesariamente a la observación, de manera adecuada para constituir un estado lógico plenamente normal, sin dejar de ejercer, sin embargo, en las especulaciones positivas un oficio tan principal como inagotable para crear o perfeccionar los medios de conexión, ya definitiva, ya provisional. En una palabra, la revolución fundamental que caracteriza a la virilidad de nuestra inteligencia consiste esencialmente en sustituir en todo, a la inaccesible determinación de las causas propiamente dichas, la mera investigación de las *leyes*, es decir, de las relaciones constantes que existen entre los fenómenos observados. Trátese de los efectos mínimos o de los más sublimes, de choque y gravedad como de pensamiento y moralidad, no podemos verdaderamente conocer sino las diversas conexiones naturales aptas para su cumplimiento, sin penetrar nunca el misterio de su producción.

2.° *Naturaleza relativa del espíritu positivo.*

13.—No sólo nuestras investigaciones positivas deben reducirse esencialmente, en todos los géneros, a la apreciación sistemática de lo que es, renunciando a descubrir su primer origen y su destino final, sino que importa, además, advertir que este estudio de los

fenómenos, en lugar de poder llegar a ser, en modo alguno, absoluto, debe permanecer siempre *relativo* a nuestra organización y a nuestra situación. Reconociendo, en este doble aspecto, la necesaria imperfección de nuestros diversos medios especulativos, se ve que, lejos de poder estudiar completamente ninguna existencia efectiva, no podríamos garantizar de ningún modo la posibilidad de comprobar así, ni siquiera muy superficialmente, todas las existencias reales, cuya mayor parte acaso debe escapar a nosotros por completo. Si la pérdida de un sentido importante basta para ocultarnos radicalmente un orden entero de fenómenos naturales, se puede pensar, recíprocamente, que la adquisición de un nuevo sentido nos revelaría una clase de hechos de los que ahora no tenemos idea alguna, a menos de creer que la diversidad de los sentidos, tan diferente entre los tipos principales de animalidad, se encuentre en nuestro organismo elevada al más alto grado que pueda exigir la exploración total del mundo exterior, suposición evidentemente gratuita y casi ridícula. Ninguna ciencia puede mostrar mejor que la astronomía esta naturaleza necesariamente relativa de todos nuestros conocimientos reales, puesto que, no pudiendo hacerse en ella la investigación de los fenómenos más que por un único sentido, es muy fácil apreciar las consecuencias especulativas de su desaparición o de su mera alteración. No podría existir ninguna astronomía en una especie ciega, por inteligente que se la suponga, ni acerca de astros oscuros, que son tal vez los más numerosos, ni siquiera si, tan sólo, la atmósfera a través de la cual observamos los cuerpos celestes permaneciera siempre y en todas partes nebulosa. Todo el curso de este *Tratado* nos ofrecerá frecuentes ocasiones de apreciar espontáneamente, del modo más inequívoco, esta íntima dependencia en que el conjunto de nuestras condiciones propias, tanto internas como externas, mantiene inexorablemente a cada uno de nuestros estudios positivos.

14.—Para caracterizar lo bastante esta naturaleza necesariamente relativa de todos nuestros conocimientos reales, importa además darse cuenta, desde el punto de vista más filosófico, de que, si nuestras concepciones, cualesquiera que sean, deben considerarse ellas mismas como otros tantos fenómenos humanos, tales fenómenos no son simplemente individuales, sino también, y sobre todo, sociales, puesto que resultan, en efecto, de una evolución colectiva y continua, todos cuyos elementos y todas cuyas fases están en una esencial conexión. Así, pues, si en el primer aspecto se reconoce que nuestras especulaciones deben depender siempre de las diversas condiciones esenciales de nuestra existencia individual, es menester admitir igualmente, en el segundo, que no están menos subordinadas al conjunto del progreso social, de modo que no pueden tener nunca la fijeza absoluta que los metafísicos han supuesto. Ahora bien; la ley general del movimiento fundamental de la Humanidad consiste, en este respecto, en que nuestras teorías tiendan cada vez más a representar exactamente los objetos externos de nuestras constantes investigaciones, sin que, sin embargo, la verdadera constitución de cada uno de ellos pueda ser plenamente apreciada, ya que la perfección científica debe limitarse a aproximarse a aquel límite ideal tanto como lo exijan nuestras diversas necesidades reales. Este segundo género de dependencia, propio de las especulaciones positivas, se manifiesta con tanta claridad como el primero en todo el curso de los estudios astronómicos, considerando, por ejemplo, la serie de nociones, cada vez más satisfactorias, obtenidas desde el origen de la geometría celeste, sobre la figura de la tierra, la forma de las órbitas planetarias, etc. Así, aunque, por una parte, las doctrinas científicas sean necesariamente de naturaleza bastante variable para deber rechazar toda pretensión de absoluto, sus variaciones graduales no presentan, por otra parte, ningún carácter arbitrario que pueda motivar un escepticismo aún más peligroso; cada cambio sucesivo conserva, por lo demás, espontáneamente a las

teorías correspondientes una aptitud indefinida para representar los fenómenos que les han servido de base, por lo menos mientras no hay que sobrepujar el grado primitivo de efectiva precisión.

3.° *Destino de las leyes positivas: Previsión racional.*

15.—Desde que la subordinación constante de la imaginación a la observación ha sido reconocida unánimemente como la primera condición fundamental de toda sana especulación científica, una viciosa interpretación ha conducido con frecuencia a abusar mucho de este gran principio lógico para hacer degenerar la ciencia real en una especie de estéril acumulación de hechos incoherentes, que no podría ofrecer otro mérito esencial que el de la exactitud parcial. Importa, pues, mucho percatarse de que el verdadero espíritu positivo no está menos lejos, en el fondo, del empirismo que del misticismo; entre estas dos aberraciones, igualmente funestas, debe avanzar siempre: la necesidad de tal reserva continua, tan difícil como importante, bastaría por otra parte para comprobar, conforme a nuestras explicaciones del comienzo, cuán maduramente preparada debe estar la auténtica positividad, de tal modo que no puede en forma alguna convenir al estado naciente de la Humanidad. En las leyes de los fenómenos es en lo que consiste, realmente, la *ciencia,* a la cual los hechos propiamente dichos, por exactos y numerosos que puedan ser, nunca procuran otra cosa que materiales indispensables. Considerando el destino constante de estas leyes, se puede decir, sin exageración alguna, que la verdadera ciencia, lejos de estar formada de meras observaciones, tiende siempre a dispensar, en cuanto es posible, de la exploración directa, sustituyéndola por aquella previsión racional, que constituye, por todos aspectos, el principal carácter del espíritu positivo, como el conjunto de los estudios astronómicos nos lo hará advertir claramente. Una previsión tal, consecuencia ne-

cesaría de las relaciones constantes descubiertas entre los fenómenos, no permitirá nunca confundir la ciencia real con esa vana *erudición* que acumula hechos maquinalmente sin aspirar a deducirlos unos de otros. Este gran atributo de todas nuestras sanas especulaciones no importa menos a su utilidad efectiva que a su propia dignidad; pues la exploración directa de los fenómenos realizados no podría bastar para permitirnos modificar su cumplimiento, si no nos condujera a preverlos convenientemente. Así, el verdadero espíritu positivo consiste, ante todo, en *ver para prever,* en estudiar lo que es, a fin de concluir de ello lo que será, según el dogma general de la invariabilidad de las leyes naturales [1].

4.° *Extensión universal del dogma fundamental de la invariabilidad de las Leyes naturales.*

16.—Este principio fundamental de toda la filosofía positiva, sin estar aún, ni mucho menos, extendido suficientemente al conjunto de los fenómenos empieza felizmente, desde hace tres siglos, a hacerse de tal modo familiar, que, a causa de las costumbres absolutas anteriormente arraigadas, se ha desconocido casi siempre hasta ahora su verdadera fuente, esforzándose, según una vana y confusa argumentación metafísica, por representar como una especie de noción innata, o al menos primitiva, lo que no ha podido resultar, ciertamente,

[1] Sobre esta apreciación general del espíritu y de la marcha propios del método positivo, se puede estudiar con mucho fruto la preciosa obra titulada: *A system of logic, ratiocinative and inductive,* publicada recientemente en Londres (John Parker, West Strand, 1843), por mi eminente amigo Mr. John Stuart Mill, tan plenamente asociado desde ahora a la fundación directa de la nueva filosofía. Los siete últimos capítulos del tomo primero contienen una admirable exposición dogmática, tan profunda como luminosa, de la lógica inductiva, que no podrá nunca, me atrevo a asegurarlo, ser concebida ni caracterizada mejor, permaneciendo en el punto de vista en que el autor se ha puesto.

sino de una lenta inducción gradual, a la vez individual y colectiva. No sólo ningún motivo racional, independiente de toda exploración exterior, nos indica primero la invariabilidad de las relaciones físicas; sino que es incontestable, por el contrario, que el espíritu humano experimenta, durante su larga infancia, una vivísima inclinación a desconocerla, incluso allí donde una observación imparcial se la mostraría ya, si no estuviera entonces arrastrado por su tendencia necesaria a referir todos los sucesos, cualesquiera que fueran, a voluntades arbitrarias. En cada orden de fenómenos existen, sin duda, algunos bastante sencillos y familiares para que su observación espontánea haya sugerido siempre el sentimiento confuso e incoherente de una cierta regularidad secundaria; de manera que el punto de vista puramente teológico no ha podido ser nunca, en rigor, universal. Pero esta convicción parcial y precaria se limita mucho tiempo a los fenómenos menos numerosos y más subalternos, que ni siquiera puede entonces preservar de las frecuentes perturbaciones atribuidas a la intervención preponderante de los agentes sobrenaturales. El principio de la invariabilidad de las leyes naturales no empieza realmente a adquirir alguna consistencia filosófica sino cuando los primeros trabajos verdaderamente científicos han podido manifestar su esencial exactitud frente a un orden entero de grandes fenómenos; lo que no podría resultar suficientemente más que de la fundación de la astronomía matemática, durante los últimos siglos del politeísmo. Según esta introducción sistemática, este dogma fundamental ha tendido, sin duda, a extenderse, por analogía, a fenómenos más complicados, incluso antes de que sus leyes propias pudieran conocerse en modo alguno. Pero, aparte de su esterilidad efectiva, esta vaga anticipación lógica tenía entonces demasiada poca energía para resistir convenientemente a la activa supremacía mental que aún conservaban las ilusiones teológico-metafísicas. Un primer bosquejo especial del establecimiento de las leyes naturales respecto a cada orden principal de fenómenos, ha

sido luego indispensable para procurar a tal noción esa fuerza inquebrantable que empieza a presentar en las ciencias más adelantadas. Esta convicción misma no podría hacerse lo bastante firme mientras no se ha extendido verdaderamente una elaboración semejante a todas las especulaciones fundamentales, ya que la incertidumbre dejada por las más complejas debía afectar entonces más o menos a cada una de las otras. No se puede desconocer esta tenebrosa reacción, incluso hoy, donde, a causa de la ignorancia aún habitual acerca de las leyes sociológicas, el principio de la invariabilidad de las relaciones físicas queda a veces sujeto a graves alteraciones, hasta en los estudios puramente matemáticos, en que vemos, por ejemplo, preconizar todos los días un pretendido cálculo de probabilidades, que supone implícitamente la ausencia de toda ley real acerca de algunos sucesos, sobre todo cuando el hombre interviene en ellos. Pero cuando esta extensión universal está por fin suficientemente bosquejada, condición que ahora se cumple en los espíritus más adelantados, este gran principio filosófico adquiere luego una plenitud decisiva, aunque las leyes efectivas de la mayoría de los casos particulares deban permanecer mucho tiempo ignoradas; porque una irresistible analogía aplica entonces de antemano a todos los fenómenos de cada orden lo que no ha sido comprobado sino para algunos de entre ellos, siempre que tengan una importancia conveniente.

Capítulo II
Destino del espíritu positivo

17.—Después de haber considerado el espíritu positivo en relación con los objetos exteriores de nuestras especulaciones, es menester acabar de caracterizarlo apreciando también su destino interior, para la satisfacción continua de nuestras propias necesidades, bien concier-nan a la vida contemplativa o a la vida activa.

I. Constitución completa y estable de la armonía mental, individual y colectiva: todo referido a la humanidad

18.—Aunque las necesidades puramente mentales sean, sin duda, las menos enérgicas de todas las que son inherentes a nuestra naturaleza, es incontestable, sin embargo, que existen en toda inteligencia: constituyen el primer estímulo indispensable para nuestros distintos esfuerzos filosóficos, atribuidos, sobre todo, con excesiva frecuencia, a los impulsos prácticos, que los desarrollan mucho, ciertamente, pero no podrían hacerlos brotar.

Estas exigencias intelectuales, relativas, como todas las demás, al ejercicio regular de las funciones correspondientes, reclaman siempre una feliz combinación de estabilidad y actividad, de donde resultan las necesidades simultáneas de *orden y progreso,* o de unión y extensión. Durante la larga infancia de la Humanidad, sólo las concepciones teológico-metafísicas podían, según nuestras explicaciones anteriores, satisfacer provisionalmente esta doble condición fundamental, aunque de un modo en extremo imperfecto. Pero cuando la razón humana está por fin bastante madura para renunciar a buscar lo inaccesible y circunscribir con prudencia su actividad al dominio que pueden verdaderamente apreciar nuestras facultades, la filosofía positiva le procura ciertamente una satisfacción mucho más completa, por todos aspectos, y al mismo tiempo más real, de aquellas dos necesidades elementales. Tal es, en efecto, evidentemente, en este nuevo aspecto, el destino directo de las leyes que descubre sobre los diversos fenómenos, y de la previsión racional que es inseparable de ellas. Respecto a cada orden de acontecimientos, estas leyes deben distinguirse, desde este punto de vista, en dos clases, según que vinculen por *semejanza* a los que coexisten o —por *filiación*— a los que se suceden. Esta distinción indispensable corresponde esencialmente, para el mundo exterior, a la que siempre nos ofrece espontáneamente entre los dos estados correlativos de existencia y movimiento; de donde resulta, en toda ciencia real, una fundamental diferencia entre la apreciación *estática* y la apreciación *dinámica* de una cuestión cualquiera. Los dos géneros de relaciones contribuyen igualmente a explicar los fenómenos, y conducen de la misma manera a preverlos, aunque las leyes de armonía parecen al pronto destinadas sobre todo a la explicación, y las leyes de sucesión a la previsión. En efecto, sea que se trate de explicar o de prever, todo se reduce siempre a establecer lazos de unión: todo vínculo real, aparte de que sea estático o dinámico, descubierto entre dos fenómenos cualesquiera, permite a la vez explicarlos y preverlos, el uno por el otro; pues la previsión científica conviene, evidentemente, al presente, e incluso al pasado, tanto como al porvenir, ya que siempre consiste en conocer un hecho independientemente de su exploración directa, en virtud de sus relaciones con otros ya dados. Así, por ejemplo, la semejanza demostrada entre la gravitación celeste y la gravedad terrestre ha conducido, por las pronunciadas variaciones de la primera, a prever las débiles variaciones de la segunda, que la observación inmediata no podía revelar de un modo suficiente, aunque las haya confirmado después; de igual manera, en sentido inverso, la correspondencia, observada desde antiguo, entre el período elemental de las mareas y el día lunar, ha encontrado su explicación en cuanto se ha reconocido la elevación de las aguas en cada punto como resultado del paso de la luna por el meridiano del lugar. Todas nuestras verdaderas necesidades lógicas convergen, pues, esencialmente hacia este destino común: consolidar cuanto es posible, por nuestras especulaciones sistemáticas, la espontánea unidad de nuestro entendimiento, constituyendo la continuidad y la homogeneidad de nuestras diversas concepciones, de modo que satisfagan igualmente a las exigencias simultáneas del orden y del progreso, haciéndonos volver a hallar la constancia en medio de la variedad. Ahora bien; es evidente que, en este aspecto fundamental, la filosofía positiva procura, en los espíritus bien preparados, una aptitud muy superior a la que nunca pudo ofrecer la filosofía teológico-metafísica. Incluso considerando ésta en los tiempos de su mayor ascendiente, a la vez mental y social, es decir, en el estado politeísta, la unidad intelectual se encontraba en ella, ciertamente, constituida de un modo mucho menos completo y estable que lo permitirá pronto la universal preponderancia del espíritu positivo, cuando esté al fin extendido habitualmente a las más altas especulaciones. Entonces, en efecto, reinará en todas partes, de diversas maneras y en diferentes grados, esa admirable constitución lógica, de la cual pueden darnos hoy sólo una idea justa

los estudios más sencillos, en que la unión y la extensión, garantizada plenamente cada una, se encuentran, además, en espontánea solidaridad. Este gran resultado filosófico no exige por lo demás otra condición necesaria que la obligación permanente de restringir todas nuestras especulaciones a las investigaciones verdaderamente accesibles, considerando esas relaciones reales, ya de semejanza, ya de sucesión, como incapaces de constituir para nosotros, ellas mismas, otra cosa que simples hechos generales, que es menester siempre tender a reducir al menor número posible, sin que el misterio de su producción pueda ser penetrado en modo alguno, de acuerdo con el carácter fundamental del espíritu positivo. Pero si esta constancia efectiva de las relaciones naturales no es, tan sólo, en verdad apreciable, también ella sola basta plenamente a nuestras verdaderas necesidades, sean de contemplación, sean de dirección.

19.—Importa, no obstante, reconocer, en principio, que bajo el régimen positivo la armonía de nuestras concepciones se encuentra necesariamente limitada, hasta cierto punto, por la obligación fundamental de su *realidad,* es decir, de una conformidad suficiente con tipos independientes de nosotros. En su ciego instinto de relación, nuestra inteligencia aspira casi a poder enlazar entre sí dos fenómenos cualesquiera, simultáneos o sucesivos; pero el estudio del mundo exterior demuestra, por el contrario, que muchas de estas aproximaciones serían puramente quiméricas, y que multitud de acontecimientos se realizan de continuo sin verdadera dependencia mutua; de modo que esta indispensable inclinación necesita más que otra alguna ser regulada según una sana apreciación general. Acostumbrado durante largo tiempo a una especie de unidad de doctrina, por vaga e ilusoria que debiera ser, bajo el imperio de las ficciones teológicas y de las entidades metafísicas, el espíritu humano, al pasar al estado positivo, ha intentado al principio reducir todos los órdenes distintos de fenómenos a una sola ley común. Pero todos los ensayos realizados durante los dos últimos siglos para

obtener una explicación universal de la naturaleza, no han llevado más que a desacreditar radicalmente tal empresa, abandonada en adelante a las inteligencias mal cultivadas. Una exploración juiciosa del mundo exterior lo ha representado como con muchos menos vínculos que lo supone o lo desea nuestro entendimiento, a quien su propia flaqueza dispone más a multiplicar relaciones favorables a su marcha y, sobre todo, a su reposo. No sólo las seis categorías fundamentales que distinguiremos más adelante entre los fenómenos, no se podrían ciertamente reducir todas a una sola ley universal, sino que hay motivo suficiente para asegurar ahora que la unidad de explicación, perseguida aún por tantos espíritus serios acerca de cada una de ellas en particular, nos es negada al fin, incluso en este dominio mucho más restringido. La astronomía ha hecho nacer, respecto a esto, esperanzas demasiado empíricas, que no podrían realizarse nunca para los fenómenos más complejos, no sólo en cuanto a la física propiamente dicha, cuyas cinco ramas principales permanecerán siempre distintas entre sí, a pesar de sus indiscutibles relaciones. Se suele estar dispuesto a exagerar mucho los inconvenientes lógicos de una dispersión necesaria semejante, porque se aprecian mal las ventajas reales que presenta la transformación de las inducciones en deducciones. Sin embargo, hay que reconocer francamente esta imposibilidad directa de referir todo a una sola ley positiva como una grave imperfección, consecuencia inevitable de la condición humana, que nos fuerza a aplicar una inteligencia muy flaca a un universo complejísimo.

20.—Pero esta incontestable necesidad, que importa reconocer, a fin de evitar toda pérdida inútil de fuerzas mentales, no impide en modo alguno a la ciencia real el lograr, en otro aspecto, una suficiente unidad filosófica, equivalente a las que constituyeron de un modo pasajero la teología o la metafísica, y muy superior, por otra parte, tanto en estabilidad como en plenitud. Para darse cuenta de su posibilidad y apreciar su naturaleza, hay que echar mano ante todo de la luminosa

distinción general, bosquejada por Kant, entre los dos puntos de vista *objetivo* y *subjetivo,* propios de un estudio cualquiera. Considerada en el primer aspecto, es decir, en cuanto al destino exterior de nuestras teorías, como representación exacta del mundo real, nuestra ciencia no es ciertamente susceptible de una sistematización plenaria, a causa de una inevitable diversidad entre los fenómenos fundamentales. En este sentido, no debemos buscar otra unidad que la del método positivo considerado en su totalidad, sin pretender una verdadera unidad científica, aspirando sólo a la homogeneidad y a la convergencia de las diferentes doctrinas. Muy otro es el caso en el otro aspecto, es decir, en cuanto a la fuente interior de las teorías humanas, consideradas como resultados naturales de nuestra evolución mental, a la vez individual y colectiva, destinados a la normal satisfacción de nuestras propias necesidades, sean cualesquiera. Referidos de este modo, no al universo, sino al hombre, o mejor a la Humanidad, nuestros conocimientos reales tienden, por el contrario, a una sistematización completa, tanto científica como lógica. Ya no se debe concebir entonces, en el fondo, más que una sola ciencia, la ciencia humana o, más exactamente, social, cuyo principio y fin a un tiempo lo constituye nuestra existencia, y en la que viene a fundirse naturalmente el estudio racional del mundo exterior, con el doble título de elemento necesario y de preámbulo fundamental, igualmente indispensable en cuanto al método y a la doctrina, como explicaré más adelante. La misma astronomía, aunque objetivamente más perfecta que las otras ramas de la filosofía natural, por razón de su mayor sencillez, no es en verdad así más que en este aspecto humano: pues el conjunto de este *Tratado* hará advertir claramente que debería, por el contrario, juzgarse muy imperfecta si se la refiriese al universo y no al hombre: puesto que todos nuestros estudios reales se limitan por necesidad en ella a nuestro mundo, que, sin embargo, no constituye sino un mínimo elemento del universo, cuya exploración nos

está vedada esencialmente. Tal es, pues, la disposición general que debe por fin prevalecer en la filosofía verdaderamente positiva, no sólo en cuanto a las teorías en relación directa con el hombre y con la sociedad, sino también para aquellas que atañen a los fenómenos más sencillos, los más alejados, en apariencia, de esta apreciación común: concebir todas nuestras especulaciones como productos de nuestra inteligencia, destinados a satisfacer nuestras diversas necesidades esenciales, no apartándose nunca del hombre sino para volver mejor a él, después de haber estudiado los otros fenómenos, como indispensables de conocer, sea para desarrollar fuerzas o para apreciar nuestra naturaleza y nuestra condición. Se puede ver desde entonces cómo la noción preponderante de la Humanidad debe constituir necesariamente, en el estado positivo, una plena sistematización mental, por lo menos equivalente a la que había al fin procurado la edad teológica por la gran concepción de Dios, tan débilmente reemplazada luego, en este aspecto, durante la transición metafísica, por el vago pensamiento de la naturaleza.

21.—Después de haber caracterizado así la aptitud espontánea del espíritu positivo para constituir la unidad final de nuestro entendimiento, resulta fácil completar esta explicación fundamental, extendiéndola del individuo a la especie. Esta extensión indispensable era hasta ahora esencialmente imposible para los filósofos modernos, que, no habiendo podido ellos mismos salir de un modo suficiente del estado metafísico, no se han puesto nunca en el punto de vista social, el único, no obstante, susceptible de una realidad plenaria, científica o lógica, puesto que el hombre no se desenvuelve aisladamente, sino en colectividad. Apartando como radicalmente estéril, o más bien hondamente dañosa, esta viciosa abstracción de nuestros psicólogos o ideólogos, la tendencia sistemática que acabamos de apreciar en el espíritu positivo adquiere al fin toda su importancia, porque indica en él el verdadero fundamento filosófico de la sociabilidad humana, al menos en tanto que ésta depende de

la inteligencia, cuyo influjo capital, aunque en modo alguno exclusivo, no podría discutirse. Es, en efecto, el mismo problema humano, con distintos grados de dificultad, el de constituir la unidad lógica de cada entendimiento aislado o establecer una convergencia duradera entre entendimientos distintos, cuyo número no habría de influir esencialmente sino en la rapidez de la operación. Además, en todos los tiempos, el que ha podido llegar a ser lo bastante consecuente ha adquirido, por ella, la facultad de unir gradualmente a los demás por la semejanza fundamental de nuestra especie. La filosofía teológica, durante la infancia de la Humanidad, no ha sido la única propia para sistematizar la sociedad, sino por ser entonces la fuente exclusiva de una cierta armonía mental. Así, pues, si el privilegio de la coherencia lógica ha pasado desde ahora irrevocablemente al espíritu positivo, lo que no puede apenas discutirse en serio, es menester desde el mismo momento reconocer también en él el único principio efectivo de esa gran comunión intelectual que viene a ser la base necesaria de toda verdadera asociación humana, cuando está unida de modo conveniente a las otras dos condiciones fundamentales, una conformidad suficiente de sentimientos y una cierta convergencia de intereses. La deplorable situación filosófica de lo más escogido de la Humanidad bastaría hoy para dispensar, a este propósito, de toda discusión, puesto que ya no se observa verdadera comunidad de opiniones más que sobre las cuestiones reducidas ya a teorías positivas, y que, por desgracia, no son, ni con mucho, las más importantes. Una apreciación directa y especial, que aquí estaría fuera de lugar, hace ver fácilmente, por otra parte, que sólo la filosofía positiva puede realizar gradualmente aquel noble proyecto de asociación universal que el cristianismo había bosquejado prematuramente en la edad media, pero que era, en el fondo, necesariamente incompatible, como ha demostrado plenamente la experiencia, con la índole teológica de su filosofía, que establecía una coherencia lógica demasiado débil para proporcionar una eficacia social semejante.

II. Armonía entre la ciencia y el arte, entre la teoría positiva y la práctica

22.—Puesto que la aptitud fundamental del espíritu positivo está desde ahora suficientemente caracterizada respecto a la vida especulativa, ya no nos queda sino apreciarlo también en la vida activa, que, sin poder mostrar en él ninguna propiedad realmente nueva, manifiesta, de manera mucho más completa y, sobre todo, más decisiva, el conjunto de los atributos que le hemos reconocido. Aunque las concepciones teológicas hayan sido necesarias mucho tiempo, incluso en este aspecto, para despertar y sostener el ardor del hombre por la esperanza indirecta de una especie de imperio ilimitado, ha sido, no obstante, acerca de esto donde el espíritu humano ha dado primero pruebas de su predilección final por los conocimientos reales. En efecto, el estudio positivo de la naturaleza empieza hoy a estimarse universalmente, sobre todo como base racional de la acción de la Humanidad sobre el mundo exterior. Nada es más acertado, en el fondo, que este juicio vulgar y espontáneo; pues un destino semejante, cuando se aprecia convenientemente, recuerda por necesidad, en el más feliz resumen, todos los grandes rasgos del verdadero espíritu filosófico, tanto en cuanto a la racionalidad como en cuanto a la positividad. El orden natural que resulta, en cada caso práctico, del conjunto de las leyes de los fenómenos respectivos, debe primero, evidentemente, sernos bien conocido, para que podamos modificarlo en nuestro provecho o, por lo menos, adaptar a él nuestra conducta, si toda intervención humana es imposible, como en los acontecimientos celestes. Tal aplicación es propia, sobre todo, para hacer apreciable familiarmente esa previsión racional que, como hemos visto, constituye, en todos aspectos, el principal carácter de la verdadera cien-

cia; pues la pura erudición, en que los conocimientos, reales, pero incoherentes, consisten en hechos y no en leyes, no podría bastar, evidentemente, para dirigir nuestra actividad: sería superfluo insistir aquí en una explicación tan poco discutible. Es cierto que la exorbitante preponderancia que ahora se concede a los intereses materiales ha llevado con demasiada frecuencia a comprender esta relación necesaria de modo que compromete gravemente el porvenir de la ciencia, tendiendo a restringir las especulaciones positivas a las únicas investigaciones de utilidad inmediata. Pero esta ciega disposición resulta sólo de una manera estrecha y falsa de entender la gran relación de la ciencia con *el arte,* por no haber apreciado una y otro con suficiente hondura. El estudio de la astronomía es el más apropiado de todos para rectificar tal tendencia, sea porque su mayor sencillez permite abarcar mejor su conjunto, o en virtud de la espontaneidad más íntima de sus aplicaciones correspondientes, que desde hace veinte siglos están evidentemente ligadas con las más sublimes especulaciones, como este *Tratado* hará advertir con claridad. Pero importa, sobre todo, reconocer, a este propósito, que la relación fundamental entre la ciencia y el arte no ha podido ser hasta aquí comprendida de un modo conveniente, incluso en las mejores mentes, por una consecuencia necesaria de la insuficiente extensión de la filosofía natural, todavía ajena a las investigaciones más importantes y difíciles, las que conciernen directamente a la sociedad humana. En efecto, la concepción racional de la acción del hombre sobre la naturaleza ha permanecido así limitada esencialmente al mundo inorgánico, de donde resultaría una excitación científica demasiado imperfecta. Cuando esta inmensa laguna se haya llenado lo bastante, como empieza hoy a estarlo, se podrá uno dar cuenta de la importancia fundamental de este gran destino práctico para estimular habitualmente, e incluso a menudo para dirigirlas mejor, las más eminentes especulaciones, bajo la única condición normal de una positividad constante. Pues el arte no será ya entonces tan sólo geométrico,

mecánico o químico, sino también y sobre todo político y moral, ya que la principal acción ejercida por la Humanidad debe consistir, en todos aspectos, en el mejoramiento continuo de su propia naturaleza, individual o colectiva, entre los límites que indica, como en todos los demás casos, el conjunto de las leyes reales. Cuando esta espontánea solidaridad de la ciencia con el arte haya podido organizarse así de modo conveniente, no puede dudarse que, lejos de tender en forma alguna a restringir las sanas especulaciones filosóficas, les asignaría, a la inversa, un oficio final demasiado superior a su alcance efectivo, si no se hubiera reconocido de antemano, como principio general, la imposibilidad de hacer al arte puramente racional, es decir, de elevar nuestras previsiones teóricas al verdadero nivel de nuestras necesidades prácticas. Hasta en las artes más sencillas y perfectas sigue siendo indispensable un constante desarrollo, directo y espontáneo, sin que las indicaciones científicas puedan, en ningún caso, suplirlo completamente. Por satisfactorias que hayan llegado a ser, por ejemplo, nuestras previsiones astronómicas, su precisión es todavía, y será probablemente siempre, inferior a nuestras justas exigencias prácticas, como tendré ocasión de indicar con frecuencia.

23.—Esta tendencia espontánea a constituir directamente una armonía entera entre la vida especulativa y la vida activa debe mirarse al fin como el más feliz privilegio del espíritu positivo, ninguna de cuyas otras propiedades puede manifestar tan bien su verdadero carácter y facilitar su ascendiente real. Nuestro ardor especulativo se halla así, pues, mantenido, y hasta dirigido, por un poderoso estímulo continuo, sin el cual la inercia natural de nuestra inteligencia la dispondría a menudo a satisfacer sus débiles necesidades teóricas por explicaciones fáciles, pero insuficientes, mientras que el pensamiento de la acción final recuerda siempre la condición de una precisión conveniente. Al mismo tiempo, este gran destino práctico completa y circunscribe, en cada caso, la prescripción fundamental relativa al descubri-

miento de las leyes naturales, tendiendo a determinar, según las exigencias de la aplicación, el grado de extensión y exactitud de nuestra previsión racional, cuya medida justa no podría, en general, fijarse de otro modo. Si, por una parte, la perfección científica no podría sobrepujar un cierto límite, por debajo del cual, a la inversa, se encontrará realmente siempre, no podría, por otra parte, franquearlo sin caer al mismo tiempo en una consideración demasiado minuciosa, no menos quimérica que estéril, y que incluso comprometería finalmente todos los fundamentos de la verdadera ciencia, puesto que nuestras leyes no pueden nunca representar los fenómenos más que con una cierta aproximación, más allá de la cual sería tan peligroso como inútil llevar nuestras investigaciones. Cuando esta relación fundamental de la ciencia con el arte esté sistematizada convenientemente, tenderá alguna vez, sin duda, a desacreditar tentativas históricas cuya esterilidad radical sería indiscutible; pero, lejos de ofrecer ningún inconveniente real, esta inevitable disposición resultará desde entonces muy favorable a nuestros verdaderos intereses especulativos, previniendo esa vana pérdida de nuestras flacas energías mentales, que hoy resulta con excesiva frecuencia de una ciega especialización. En la evolución preliminar del espíritu positivo ha tenido que aplicarse en todas partes a las cuestiones, cualesquiera que fueran, que le resultaban accesibles, sin indagar demasiado su importancia final, derivada de su relación peculiar con un conjunto que no podía primero ser advertido. Pero este instinto provisional, sin el cual la ciencia hubiera carecido entonces de un alimento conveniente, debe acabar por subordinarse habitualmente a una justa apreciación sistemática, tan pronto como la plena madurez del estado positivo haya permitido aprehender siempre lo bastante las verdaderas relaciones esenciales de cada parte con el todo, de manera que ofrezca constantemente un ancho horizonte a las más eminentes investigaciones, evitando, sin embargo, toda especulación pueril.

24.—A propósito de esta íntima armonía entre la ciencia y el arte, importa finalmente observar en especial la feliz tendencia que de ella resulta para desarrollar y consolidar el ascendiente social de la sana filosofía, por una consecuencia espontánea de la preponderancia creciente que obtiene, evidentemente, la vida industrial en nuestra civilización moderna. La filosofía teológica no podía realmente convenir sino a aquellos tiempos necesarios de sociabilidad preliminar, en que la actividad humana debe ser militar esencialmente, a fin de preparar poco a poco una asociación normal y completa, que al principio era imposible, según la teoría histórica que he establecido en otro lugar. El politeísmo se adaptaba sobre todo al sistema de conquista de la antigüedad, y el monoteísmo a la organización defensiva de la edad media. Haciendo prevalecer cada vez más la vida industrial, la sociabilidad moderna debe, pues, secundar poderosamente la gran revolución mental que hoy eleva nuestra inteligencia, definitivamente, del régimen teológico al régimen positivo. No sólo esta activa tendencia cotidiana al mejoramiento práctico de la condición humana es por necesidad poco compatible con las preocupaciones religiosas, siempre relativas, sobre todo en el monoteísmo, a un destino del todo diferente. Sino que, además, tal actividad es propia para suscitar finalmente una oposición universal, tan radical como espontánea, a toda filosofía teológica. De un lado, en efecto, la vida industrial es, en el fondo, directamente contraria a todo optimismo providencial, puesto que supone necesariamente que el orden natural es lo bastante imperfecto para exigir sin cesar la intervención humana, mientras que la teología no admite lógicamente otro medio de modificarlo que solicitar un apoyo sobrenatural. En segundo lugar, esta oposición, inherente al conjunto de nuestras concepciones industriales, se reproduce continuamente, en formas muy variadas, en el cumplimiento especial de nuestras operaciones, en que debemos considerar el mundo exterior, no como dirigido por cualesquiera voluntades, sino como sometido

a leyes, susceptibles de permitirnos una suficiente previsión, sin la cual nuestra actividad práctica carecería de toda base racional. Así, la misma correlación fundamental que hace a la vida industrial tan favorable al ascendente filosófico del espíritu positivo, le imprime, en otro aspecto, una tendencia antiteológica, más o menos pronunciada, pero pronto o tarde inevitable, por grandes que hayan podido ser los continuos esfuerzos de la sabiduría sacerdotal para contener o templar el carácter antiindustrial de la filosofía de los comienzos, con la cual sólo la vida guerrera era suficientemente conciliable. Tal es la íntima solidaridad que hace participar involuntariamente desde hace mucho tiempo a todos los espíritus modernos, incluso los más groseros y rebeldes, en la sustitución gradual de la antigua filosofía teológica por una filosofía plenamente positiva, única susceptible en adelante de un verdadero ascendiente social.

III. Incompatibilidad final de la ciencia con la teología

25.—De esta manera somos llevados a completar finalmente la apreciación directa del verdadero espíritu filosófico por una última explicación que, aun siendo sobre todo negativa, resulta realmente indispensable hoy para acabar de caracterizar suficientemente la naturaleza y las condiciones de la gran renovación mental que ahora necesita lo más escogido de la Humanidad, manifestando directamente la incompatibilidad última de las concepciones positivas con todas las opiniones teológicas, sean cualesquiera, tanto monoteístas como politeístas o fetichistas. Las diversas consideraciones indicadas en este *Discurso* han demostrado ya implícitamente la imposibilidad de ninguna conciliación duradera entre las dos filosofías, sea en cuanto al método o a la doctrina; de modo que toda incertidumbre sobre este punto puede aquí disiparse fácilmente. Sin duda,

la ciencia y la teología no están, en primer término, en abierta oposición, puesto que no se proponen los mismos problemas; esto es lo que ha permitido durante largo tiempo el despliegue parcial del espíritu positivo, a pesar del ascendiente general del espíritu teológico e incluso, en muchos aspectos, bajo su tutela previa. Pero cuando la positividad racional, primero limitada a humildes investigaciones matemáticas, que la teología había desdeñado tocar especialmente, empezó a extenderse al estudio directo de la naturaleza, sobre todo por las teorías astronómicas, la colisión se hizo inevitable, aunque latente, en virtud del contraste fundamental, a la vez científico y lógico, desarrollado desde entonces progresivamente entre ambos órdenes de ideas. Los mismos motivos lógicos por los que la ciencia renuncia radicalmente a los misteriosos problemas de que la teología por esencia se ocupa, son propios para desacreditar, tarde o temprano, en todas las buenas inteligencias, especulaciones que se rechazan como necesariamente inaccesibles a la razón humana. Además, la prudente reserva con que el espíritu positivo procede gradualmente respecto a asuntos muy fáciles, debe hacer apreciar indirectamente la loca temeridad del espíritu teológico frente a las cuestiones más difíciles. Sin embargo, la incompatibilidad de las dos filosofías debe hacerse patente, sobre todo, por las doctrinas, en la mayoría de las inteligencias, que de ordinario se afectan demasiado poco por las meras disidencias metódicas, aunque éstas sean en el fondo las más graves, como fuente necesaria de todas las demás. Ahora bien; en este nuevo aspecto, no se puede desconocer la oposición radical de los dos órdenes de concepciones, en que los mismos fenómenos son tan pronto atribuidos a voluntades directrices, tan pronto referidos a leyes invariables. La movilidad regular, naturalmente inherente a toda idea de voluntad, no puede en modo alguno estar de acuerdo con la constancia de las relaciones reales. De esta forma, a medida que las leyes físicas han sido conocidas, el imperio de las voluntades sobrenaturales se

ha tenido que restringir cada vez más, quedando consagrado siempre, sobre todo, a los fenómenos cuyas leyes permanecían ignoradas. Una incompatibilidad semejante resulta directamente evidente cuando se opone la previsión racional, que constituye el principal carácter de la verdadera ciencia, a la adivinación por revelación especial, que la teología tiene que representar como aquello que ofrece el único medio legítimo de conocer el futuro. Es cierto que el espíritu positivo, llegado a su completa madurez, tiende también a subordinar la voluntad misma a verdaderas leyes, cuya existencia es supuesta, en efecto, tácitamente, por la razón vulgar, puesto que los esfuerzos prácticos para modificar y prever las voluntades humanas no podrían tener sin ello ningún fundamento razonable. Pero una noción tal no conduce en modo alguno a conciliar los dos modos opuestos según los cuales la ciencia y la teología conciben necesariamente la dirección efectiva de los diversos fenómenos. Pues una previsión semejante y la conducta que de ella resulta exigen evidentemente un profundo conocimiento real del ser en cuyo seno las voluntades se producen. Pero este fundamento previo no podría proceder más que de un ser por lo menos igual, juzgando así por semejanza; no se le puede concebir procedente de uno inferior, y la contradicción aumenta con la desigualdad de naturaleza. También la teología ha rechazado siempre la pretensión de penetrar de algún modo los designios providenciales, como sería absurdo suponer a los últimos animales la facultad de prever las voluntades del hombre o de otros animales superiores. Sin embargo, a esta loca hipótesis se vería uno necesariamente conducido para conciliar por último el espíritu teológico con el espíritu positivo.

26.—Considerada históricamente, su radical oposición, aplicable a todas las fases esenciales de la filosofía inicial, se admite generalmente desde hace mucho tiempo para aquellas que han franqueado del todo los pueblos más adelantados. Incluso es cierto que, respecto a ellas, se exagera mucho tal incompatibilidad, a

causa de ese absoluto desdén que inspiran ciegamente nuestras costumbres monoteístas por los dos estados anteriores del régimen teológico. La sana filosofía, siempre obligada a apreciar el modo necesario según el que cada una de las grandes fases sucesivas de la Humanidad ha concurrido efectivamente a nuestra evolución fundamental, rectificará con cuidado estos prejuicios injustos, que impiden toda verdadera teoría histórica. Pero aunque el politeísmo, y hasta el fetichismo, hayan secundado realmente, en un principio, el despliegue espontáneo del espíritu de observación, se debe reconocer, sin embargo, que no podían ser verdaderamente compatibles con el sentimiento gradual de la invariabilidad de las relaciones físicas tan pronto como éste pudo adquirir cierta consistencia sistemática. Además, se debe concebir esa inevitable oposición como la principal fuente secreta de las diversas transformaciones que han descompuesto sucesivamente la filosofía teológica, reduciéndola cada vez más. Este es el lugar de completar, sobre este punto, la explicación indispensable indicada al comienzo de este *Discurso,* donde esta disolución gradual ha sido especialmente atribuida al estado metafísico propiamente dicho, que, en el fondo, no podía ser sino su simple órgano, y nunca el agente verdadero. Es menester observar, en efecto, que el espíritu positivo, a causa del defecto de generalidad que debía caracterizar su lenta evolución parcial, no podía formular de manera conveniente sus propias tendencias filosóficas, que apenas se han hecho directamente sensibles durante nuestros últimos siglos. De aquí resultaba la necesidad especial de la intervención metafísica, que ella sólo podía sistematizar convenientemente la oposición espontánea de la ciencia naciente a la antigua teología. Pero, aunque tal oficio haya debido hacer exagerar mucho la importancia efectiva de este espíritu de transición, es, sin embargo, fácil reconocer que el progreso natural de los conocimientos reales deba sólo una seria consistencia a su ruidosa actividad. Este continuo progreso, que incluso había determinado primero, en el

fondo, la transformación del fetichismo en politeísmo, ha constituido luego, sobre todo, la fuente esencial de la reducción del politeísmo al monoteísmo. Como la colisión hubo de realizarse principalmente por las teorías astronómicas, este *Tratado* me proporcionará la ocasión natural de caracterizar el grado preciso de su desarrollo, al que hay que atribuir, en realidad, la irrevocable decadencia mental del régimen politeísta, que entonces reconoceremos lógicamente incompatible con la fundación decisiva de la astronomía matemática por la escuela de Tales.

27.—El estudio racional de esta oposición demuestra claramente que no podía limitarse a la teología antigua, y que tuvo que extenderse después al monoteísmo mismo, aunque su energía hubo de disminuir con su necesidad, a medida que el espíritu teológico seguía decayendo, a causa del mismo progreso espontáneo. Sin duda, esta fase extrema de la filosofía inicial era mucho menos contraria que las precedentes al despliegue de los conocimientos reales, que no encontraban ya en ella, a cada paso, la peligrosa competencia de una explicación sobrenatural formulada especialmente. También fue, sobre todo, bajo este régimen monoteísta cuando hubo de realizarse la evolución preliminar del espíritu positivo. Pero la incompatibilidad, no por ser menos explícita y más tardía dejaba de ser al fin inevitable, incluso antes de la época en que la nueva filosofía se hubiera hecho lo bastante general para tomar un carácter verdaderamente orgánico, reemplazando irrevocablemente a la teología en su oficio social como en su destino mental. Como el conflicto ha debido realizarse una vez más por la astronomía, demostraré aquí con precisión qué evolución más adelantada ha extendido necesariamente hasta el más simple monoteísmo su oposición radical, limitada antes al politeísmo propiamente dicho: se reconocerá entonces que esta inevitable influencia resulta del descubrimiento del doble movimiento de la Tierra, seguido poco después de la fundación de la mecánica celeste. En el estado actual de la razón

humana, se puede afirmar que el régimen monoteísta, favorable durante mucho tiempo al primitivo despliegue de los conocimientos reales, estorba profundamente la marcha sistemática que deben tomar en adelante, impidiendo al sentimiento fundamental de la invariabilidad de las leyes físicas adquirir finalmente su indispensable plenitud filosófica. Pues el pensamiento continuo de una súbita perturbación arbitraria en la economía natural debe permanecer siempre inseparable, al menos virtualmente, de toda teología, cualquiera que ella sea, incluso reducida tanto como sea posible. Sin un obstáculo semejante, en efecto, que no puede cesar más que por el completo desuso del espíritu teológico, el espectáculo diario del orden real habría ya determinado una universal adhesión al principio fundamental de la filosofía positiva.

28.—Varios siglos antes de que el desarrollo científico permitiera apreciar directamente esta oposición radical, la transición metafísica había intentado, bajo su secreto impulso, restringir, en el mismo seno del monoteísmo, el ascendiente de la teología, haciendo prevalecer abstractamente, en el último período de la edad media, la célebre doctrina escolástica que sujeta la acción efectiva del motor supremo a leyes invariables, que habría establecido primitivamente, vedándose el cambiarlas nunca. Pero esta especie de transacción espontánea entre el principio teológico y el principio positivo no suponía, evidentemente, más que una existencia pasajera, propia para facilitar más la decadencia continua del uno y el triunfo gradual del otro. Su imperio mismo estaba limitado esencialmente a los espíritus cultivados; pues, mientras la fe subsistió realmente, el instinto popular hubo de rechazar siempre con energía una concepción que, en el fondo, tendía a anular el poder providencial, condenándolo a una sublime inercia, que dejaba toda la actividad habitual a la gran entidad metafísica, estando así la naturaleza asociada al gobierno universal, como ministro obligado y responsable, a quien debían dirigirse en adelante la mayoría de las

quejas y las súplicas. Se ve que, en todos los aspectos esenciales, esta concepción se asemeja mucho a la que la situación moderna ha hecho prevalecer cada vez más respecto a la monarquía constitucional; y esta analogía no es de ningún modo fortuita, puesto que el tipo teológico ha proporcionado, en efecto, la base racional del tipo político. Esta doctrina contradictoria, que destruye la eficacia social del principio teológico, sin consagrar el ascendiente fundamental del principio positivo, no podría corresponder a ningún estado verdaderamente normal y duradero: constituye sólo el más poderoso de los medios de transición propios del último oficio necesario del espíritu metafísico.

29.—Finalmente, la incompatibilidad necesaria de la ciencia con la teología ha tenido que manifestarse también en otra forma general, especialmente adaptada al estado monoteísta, haciendo resaltar cada vez más la radical imperfección del orden real, que así se opone al inevitable optimismo providencial. Este optimismo, sin duda, ha seguido siendo conciliable mucho tiempo con el espontáneo despliegue de los conocimientos positivos, porque un primer análisis de la naturaleza debía inspirar entonces en todas partes una ingenua admiración por el modo de realizarse de los principales fenómenos que constituyen el orden efectivo. Pero esta disposición inicial tiende luego a desaparecer, no menos necesariamente, a medida que el espíritu positivo, tomando un carácter cada vez más sistemático, sustituye poco a poco, al dogma de las causas finales, el principio de las *condiciones de existencia,* que ofrece, en mayor grado, todas sus propiedades lógicas, sin presentar ninguno de sus graves riesgos científicos. Entonces deja uno de asombrarse de que la constitución de los seres naturales se encuentre, en cada caso, dispuesta de manera que permita la realización de sus fenómenos efectivos. Estudiando con cuidado esta inevitable armonía, con el único designio de conocerla mejor, se acaba luego por observar las profundas imperfecciones que presenta, en todos aspectos, el orden real, casi siempre inferior en

sabiduría a la economía artificial que establece nuestra débil intervención humana en su limitado dominio. Como estos vicios naturales deben de ser tanto más grandes cuanto se trate de fenómenos más complejos, las indicaciones irrecusables que nos ofrezca, en este aspecto, el conjunto de la astronomía, bastarán aquí para hacer presentir cuánto debe extenderse una apreciación semejante, con nueva energía filosófica, a todas las demás partes esenciales de la ciencia real. Pero importa, sobre todo, comprender, en general, a propósito de esta crítica, que no tiene sólo un destino pasajero, a título de medio antiteológico. Se enlaza, de un modo más íntimo y duradero, al espíritu fundamental de la filosofía positiva, en la relación general entre la especulación y la acción. Si, por una parte, nuestra activa intervención permanente descansa, ante todo, en el conocimiento exacto de la economía natural, de la cual nuestra economía artificial no debe constituir, en todos aspectos, sino el mejoramiento progresivo, no es menos cierto, por otra parte, que así suponemos la imperfección necesaria de aquel orden espontáneo, cuya modificación gradual constituye el fin cotidiano de todos nuestros esfuerzos, individuales o colectivos. Haciendo abstracción de toda crítica pasajera, la justa apreciación de los diversos inconvenientes que pertenecen a la constitución efectiva del mundo real debe ser, pues, concebida desde ahora como inherente al conjunto de la filosofía positiva, hasta frente a los casos inaccesibles a nuestros débiles medios de perfeccionamiento, a fin de conocer mejor, sea nuestra condición fundamental, sea el destino esencial de nuestra actividad continua.

Capítulo III
Atributos correlativos del espíritu positivo y del buen sentido

I. De la palabra positivo: sus diversas acepciones resumen los atributos del verdadero espíritu filosófico

30.—El concurso espontáneo de las diversas consideraciones generales indicadas en este *Discurso* basta ahora para caracterizar aquí, en todos sus principales aspectos, el verdadero espíritu filosófico, que, después de una lenta evolución preliminar, alcanza hoy su estado sistemático. En vista de la obligación evidente, en que estamos desde ahora, de calificarlo habitualmente con una breve denominación especial, he debido preferir aquella a quien esa universal preparación ha procurado cada vez más, durante los tres siglos últimos, la preciosa propiedad de resumir lo mejor posible el conjunto de sus atributos fundamentales. Como todos los términos vulgares elevados así gradualmente a la dignidad filosófica, la palabra *positivo* ofrece, en nuestras lenguas occidentales, varias acepciones distintas, aun apartando el sentido grosero que se une al prin-

cipio a ella en los espíritus poco cultivados. Pero importa anotar aquí que todas estas diversas significaciones convienen igualmente a la nueva filosofía general, de la que indican alternativamente diferentes propiedades características: así, esta aparente ambigüedad no ofrecerá en adelante ningún inconveniente real. Habrá que ver en ella, por el contrario, uno de los principales ejemplos de esa admirable condensación de fórmulas que, en los pueblos adelantados, reúne en una sola expresión usual varios atributos distintos, cuando la razón pública ha llegado a reconocer su permanente conexión.

31.—Considerada en primer lugar en su acepción más antigua y más común, la palabra positivo designa lo *real*, por oposición a lo quimérico: en este aspecto, conviene plenamente al nuevo espíritu filosófico, caracterizado así por consagrarse constantemente a las investigaciones verdaderamente asequibles a nuestra inteligencia, con exclusión permanente de los impenetrables misterios con que se ocupaba sobre todo su infancia. En un segundo sentido, muy próximo al precedente, pero distinto, sin embargo, este término fundamental indica el contraste de lo *útil* y lo inútil: entonces recuerda, en filosofía, el destino necesario de todas nuestras sanas especulaciones para el mejoramiento continuo de nuestra verdadera condición, individual y colectiva, en lugar de la vana satisfacción de una estéril curiosidad. Según una tercera significación usual, se emplea con frecuencia esta feliz expresión para calificar la oposición entre la *certeza* y la indecisión: indica así la aptitud característica de tal filosofía para constituir espontáneamente la armonía lógica en el individuo y la comunión espiritual en la especie entera, en lugar de aquellas dudas indefinidas y de aquellas discusiones interminables que había de suscitar el antiguo régimen mental. Una cuarta acepción ordinaria, confundida con demasiada frecuencia con la precedente, consiste en oponer lo *preciso* a lo vago: este sentido recuerda la tendencia constante del verdadero espíritu filosófico a

obtener en todo el grado de precisión compatible con la naturaleza de los fenómenos y conforme con la exigencia de nuestras verdaderas necesidades; mientras que la antigua manera de filosofar conducía necesariamente a opiniones vagas, ya que no llevaba consigo una indispensable disciplina más que por una constricción permanente, apoyada en una autoridad sobrenatural.

32.—Es menester, por último, observar especialmente una quinta aplicación, menos usada que las otras, aunque por otra parte igualmente universal, cuando se emplea la palabra positivo como lo contrario de *negativo*. En este aspecto, indica una de las más eminentes propiedades de la verdadera filosofía moderna, mostrándola destinada sobre todo, por su naturaleza, no a destruir, sino a *organizar*. Los cuatro caracteres generales que acabamos de recordar la distinguen a la vez de todos los modos posibles, sean teológicos o metafísicos, propios de la filosofía inicial. Esta última significación, que por otra parte indica una continua tendencia del nuevo espíritu filosófico, ofrece hoy una importancia especial para caracterizar directamente una de sus principales diferencias, no ya con el espíritu teológico, que fue, durante mucho tiempo, orgánico, sino con el espíritu metafísico propiamente dicho, que nunca ha podido ser más que crítico. Cualquiera que haya sido, en efecto, la acción disolvente de la ciencia real, esta influencia fue siempre en ella puramente indirecta y secundaria: su mismo defecto de sistematización impedía hasta ahora que pudiera ser de otro modo; y el gran oficio orgánico que ahora le ha cabido en suerte se opondría en adelante a tal atribución accesoria, que, por lo demás, tiende a hacer superflua. La sana filosofía rechaza radicalmente, es cierto, todas las cuestiones necesariamente insolubles: pero, al justificar por qué las desecha, evita el negar nada respecto a ellas, lo que sería contradictorio con aquel desuso sistemático, por el cual solamente deben extinguirse todas las opiniones verdaderamente indiscutibles. Más imparcial y más tolerante para con cada una de ellas, en vista de su común indiferen-

cia, que pueden serlo sus partidarios opuestos, se aplica a apreciar históricamente su influencia respectiva, las condiciones de su duración y los motivos de su decadencia, sin pronunciar nunca ninguna negación absoluta, ni siquiera cuando se trata de las doctrinas más antipáticas al estado actual de la razón humana en los pueblos adelantados. Así es como hace justicia, escrupulosamente, no sólo a los diversos sistemas de monoteísmo distintos del que hoy expira entre nosotros, sino también a las creencias politeístas, o incluso fetichistas, refiriéndolas siempre a las fases correspondientes de la evolución fundamental. En el aspecto dogmático, profesa por otra parte que cualesquiera concepciones de nuestra imaginación, cuando su naturaleza les hace forzosamente inaccesibles a toda observación, no son desde ese momento más susceptibles de negación que de afirmación, verdaderamente decisivas. Nadie, sin duda, ha demostrado nunca lógicamente la no existencia de Apolo, de Minerva, etc., ni la de las hadas orientales o de las diversas creaciones poéticas; lo que en ningún caso ha impedido al espíritu humano no abandonar irrevocablemente los dogmas antiguos, cuando han dejado por último de convenir al conjunto de su situación.

33.—El único carácter esencial del nuevo espíritu filosófico que no haya sido aún indicado directamente por la palabra positivo, consiste en su tendencia necesaria a sustituir en todo lo *relativo* a lo absoluto. Pero este gran atributo, a un tiempo científico y lógico, es de tal modo inherente a la naturaleza fundamental de los conocimientos reales, que su consideración general no tardará en enlazarse íntimamente con los diversos aspectos que esta fórmula combine ya, cuando el moderno régimen intelectual, hasta ahora parcial y empírico, pase comúnmente al estado sistemático. La quinta acepción que acabamos de apreciar es propia sobre todo para determinar esta última condensación del nuevo lenguaje filosófico, desde entonces plenamente constituido, según la evidente afinidad de las dos propiedades.

Se concibe, en efecto, que la naturaleza absoluta de las viejas doctrinas, sean teológicas o metafísicas, determinaba necesariamente a cada una de ellas a resultar negativa respecto a todas las demás, so pena de degenerar ella misma en un absurdo eclecticismo. Al contrario, en virtud de su genio relativo es como la nueva filosofía puede apreciar el valor propio de las teorías que le son más opuestas, sin ir a parar nunca, sin embargo, a ninguna concesión vana, susceptible de alterar la nitidez de sus miras o la firmeza de sus decisiones. Hay, pues, realmente ocasión de presumir, según el conjunto de una apreciación especial semejante, que la fórmula empleada aquí para calificar habitualmente esta filosofía definitiva recordará en adelante, a todas las buenas inteligencias, la combinación efectiva entera de sus diversas propiedades características.

II. Correlación, espontánea y luego sistemática, entre el espíritu positivo y el buen sentido universal

34.—Cuando se busca el origen fundamental de tal modo de filosofar, no se tarda en reconocer que su espontaneidad elemental coincide realmente con los primeros ejercicios prácticos de la razón humana, pues el conjunto de las explicaciones indicadas en este *Discurso* demuestra con claridad que todos sus atributos principales son, en el fondo, los mismos que los del buen sentido universal. A pesar del ascendiente mental de la más grosera teología, la conducta diaria de la vida activa ha debido siempre suscitar, respecto a cada orden de fenómenos, un cierto bosquejo de las leyes naturales y de las previsiones correspondientes, en algunos casos particulares, que sólo parecían entonces secundarios o excepcionales: tales son, en efecto, los gérmenes necesarios de la positividad, que debía ser durante mucho tiempo empírica antes de poder llegar a ser racional. Importa mucho advertir que, en todos los aspectos

esenciales, el verdadero espíritu filosófico consiste sobre todo en la extensión sistemática del simple buen sentido a todas las especulaciones verdaderamente accesibles. Su dominio es radicalmente idéntico, puesto que los mayores problemas de la sana filosofía se refieren en todo a los fenómenos más vulgares, frente a los que los casos artificiales no constituyen sino una preparación más o menos indispensable. Son, de una y otra parte, el mismo punto de partida experimental, el mismo fin de poner en relación y prever, la misma preocupación continua por la realidad, la misma intención final de utilidad. Toda su diferencia esencial consiste en la generalidad sistemática de uno, gracias a su abstracción necesaria, opuesta a la incoherente especialidad del otro, ocupado siempre con lo concreto.

35.—Considerada en el aspecto dogmático, esta conexión fundamental representa la ciencia propiamente dicha como una mera prolongación metódica de la sabiduría universal. Así, lejos de volver a poner nunca en cuestión lo que ésta ha decidido verdaderamente, las sanas especulaciones filosóficas deben tomar siempre de la razón sus nociones iniciales, para hacerles adquirir, por una elaboración sistemática, un grado de generalidad y de consistencia que no podían obtener espontáneamente. Durante todo el curso de esta elaboración, la permanente vigilancia de esta sabiduría vulgar conserva, por otra parte, una gran importancia para prevenir, cuanto sea posible, las diversas aberraciones, por negligencia o por ilusión, que suscita a menudo el continuo estado de abstracción indispensable a la actividad filosófica. A pesar de su afinidad necesaria, el buen sentido propiamente dicho debe permanecer preocupado, sobre todo, de la realidad y la utilidad, mientras que el espíritu especialmente filosófico tiende más a apreciar la generalidad y la conexión, de manera que su doble reacción cotidiana resulta igualmente favorable para cada uno de ellos, consolidando en él las cualidades fundamentales que se alterarían naturalmente. Una relación semejante indica al mismo tiempo cómo

son necesariamente huecas y estériles las investigaciones especulativas dirigidas, en un asunto cualquiera, a los *primeros principios,* que, debiendo emanar siempre de la sabiduría vulgar, no pertenecen nunca al verdadero dominio de la ciencia, de la que constituyen, por el contrario, los fundamentos espontáneos y desde ese momento indiscutibles, lo cual suprime una multitud de controversias, ociosas o arriesgadas, que nos ha dejado el antiguo régimen mental. Se puede así ver igualmente la profunda vaciedad final de todos los estudios previos relativos a la lógica abstracta, en que se trata de apreciar el verdadero método filosófico, aislado de toda aplicación a cualquier orden de fenómenos. En efecto, los únicos principios verdaderamente generales que se puedan establecer a este respecto se reducen por necesidad, como es fácil comprobarlo en los más célebres de estos aforismos, a algunas máximas indiscutibles, pero evidentes, tomadas de la razón común, y que no añaden en verdad nada esencial a las indicaciones que resultan, en todas las buenas inteligencias, de un mero ejercicio espontáneo. En cuanto al modo de adaptar esas reglas universales a los diversos órdenes de nuestras especulaciones positivas, lo que constituiría la verdadera dificultad y la utilidad real de tales preceptos lógicos, no podría traer consigo una verdadera apreciación sino tras un análisis especial de los estudios correspondientes, conforme a la naturaleza propia de los fenómenos considerados. La sana filosofía no separa, pues, nunca la lógica de la ciencia, ya que el método y la doctrina no pueden, en cada caso, juzgarse bien más que según sus verdaderas relaciones mutuas: no es más posible, en el fondo, dar a la lógica que a la ciencia un carácter universal por concepciones puramente abstractas, independientes de todo fenómeno determinado; las tentativas de este género indican aún la secreta influencia del espíritu absoluto inherente al régimen teológico-metafísico.

36.—Considerada ahora en el aspecto histórico, esta íntima solidaridad natural entre el genio propio de la

verdadera filosofía y el simple buen sentido universal muestra el origen espontáneo del espíritu positivo, que resulta en todo, en efecto, de una reacción especial de la razón práctica sobre la razón teórica, cuyo carácter inicial ha sido así siempre modificado cada vez más. Pero esta transformación gradual no podía realizarse a la vez, ni sobre todo con igual velocidad, en las diversas clases de especulaciones abstractas, todas primitivamente teológicas, como lo hemos reconocido. Este constante impulso concreto no podía hacer penetrar en ellas el espíritu positivo más que según un orden determinado, conforme a la complejidad creciente de los fenómenos, y que será explicado directamente más tarde. La positividad abstracta, nacida necesariamente en los más sencillos estudios matemáticos y propagada después por vía de afinidad espontánea o de imitación instintiva, no podía, pues, ofrecer primero más que un carácter especial y hasta, en muchos aspectos, empírico, que había de disimular durante mucho tiempo, a la mayoría de sus promotores, ya su incompatibilidad inevitable con la filosofía inicial, ya, sobre todo, su tendencia radical a fundar un nuevo régimen lógico. Sus continuos progresos, bajo el impulso creciente de la razón vulgar, no podían determinar entonces directamente sino el triunfo previo del espíritu metafísico, destinado, por su generalidad espontánea, a servirle de órgano filosófico, durante los siglos transcurridos entre la preparación mental del monoteísmo y su pleno establecimiento social, después del cual el régimen ontológico, habiendo obtenido todo el ascendiente que suponía su naturaleza, se hizo pronto opresivo para el desarrollo científico, que había secundado hasta entonces. Además, el espíritu positivo no pudo manifestar de un modo suficiente su propia tendencia filosófica hasta que se vio llevado finalmente, por esta opresión, a luchar especialmente contra el espíritu metafísico, con quien había tenido que parecer confundido mucho tiempo. Por esto, la primera fundación sistemática de la filosofía positiva no podría remontarse más allá de la memorable

crisis en que el conjunto del régimen ontológico empezó a sucumbir, en todo el Occidente europeo, bajo el concurso espontáneo de dos admirables impulsos mentales, científico el uno, emanado de Kepler y Galileo, y filosófico el otro, debido a Bacon y a Descartes. La imperfecta unidad metafísica constituida al fin de la edad media quedó desde entonces irrevocablemente disuelta, como la ontología griega había ya destruido para siempre la gran unidad teológica, correspondiente al politeísmo. Desde esta crisis, verdaderamente decisiva, el espíritu positivo, creciendo en dos siglos más que había podido hacerlo durante toda su larga carrera anterior, no ha dejado otra unidad mental posible que la que resultaría de su propio ascendiente universal, ya que cada nuevo dominio adquirido sucesivamente por él no puede ya volver nunca a la teología ni a la metafísica, en virtud de la consagración definitiva que estas adquisiciones crecientes encontraban cada vez más en la razón vulgar. Sólo por una sistematización semejante la sabiduría teórica devolverá verdaderamente a la sabiduría práctica un equivalente digno, en generalidad y en consistencia, del oficio fundamental que ha recibido de ésta, en realidad y en eficacia, durante su lenta iniciación gradual, pues las nociones positivas obtenidas en los dos últimos siglos son, a decir verdad, mucho más preciosas como materiales ulteriores de una nueva filosofía general que por su valor especial y directo, puesto que la mayor parte de ellas no han podido adquirir aún su carácter definitivo, ni científico, ni siquiera lógico.

37.—El conjunto de nuestra evolución mental, y sobre todo el gran movimiento acontecido, en Europa occidental, desde Descartes y Bacon, no dejan, pues, en adelante otra salida posible que constituir al fin, después de tantos preámbulos necesarios, el estado verdaderamente normal de la razón humana, procurando al espíritu positivo la plenitud y la racionalidad que le faltan todavía para establecer, entre el genio filosófico y el buen sentido universal, una armonía que hasta ahora no había podido existir de modo suficiente. Ahora bien; estudiando estas

dos condiciones simultáneas, de complemento y de sistematización, que debe hoy cumplir la ciencia real para elevarse a la dignidad de una verdadera filosofía, no se tarda en reconocer que coinciden finalmente. Por una parte, en efecto, la gran crisis inicial de la positividad moderna no ha dejado esencialmente fuera del movimiento científico propiamente dicho más que las teorías morales y sociales, que han quedado desde entonces en un irracional aislamiento, bajo el estéril dominio del espíritu teológico-metafísico: en llevarlas también, por tanto, al estado positivo debía consistir en nuestros días la última prueba del verdadero espíritu filosófico, cuya extensión sucesiva a todos los demás fenómenos fundamentales estaba ya bastante bosquejada. Pero, por otra parte, esta última expansión de la filosofía natural tendía espontáneamente a sistematizarla luego, constituyendo el único punto de vista, científico o lógico, que pueda dominar el conjunto de nuestras especulaciones reales, siempre reductibles, por necesidad, al aspecto humano, es decir, social, único susceptible de una universalidad activa. Tal es el doble fin filosófico de la elaboración fundamental, a un tiempo especial y general, que me he atrevido a emprender en la obra citada al comienzo de este *Discurso:* los más eminentes pensadores contemporáneos la juzgan así bastante acabada para haber ya puesto las verdaderas bases directas de la revolución mental entera, proyectada por Bacon y Descartes, pero cuya ejecución decisiva estaba reservada a nuestro siglo.

Segunda parte
Superioridad social del espíritu positivo

Capítulo I
Organización de la revolución

38.—Para que esta sistematización final de las concepciones humanas esté hoy lo bastante caracterizada, no basta apreciar, como acabamos de hacer, su destino teórico; es menester también considerar aquí, de manera distinta, aunque sumaria, su necesaria aptitud para constituir la única salida intelectual que pueda tener realmente la inmensa crisis social desarrollada, desde hace medio siglo, en todo el Occidente europeo y sobre todo en Francia.

I. Impotencia de las escuelas actuales

39.—Mientras se realizaba gradualmente, durante los cinco últimos siglos, la irrevocable disolución de la filosofía teológica, el sistema político cuya base mental formaba sufría cada vez más una descomposición no menos radical, presidida de igual manera por el espíritu metafísico. Este doble movimiento negativo tenía por órganos esenciales y solidarios, de un lado, las universidades, primero emanadas, pero pronto rivales del poder sacer-

dotal; de otro lado, las diversas corporaciones de legistas, gradualmente hostiles a los poderes feudales: únicamente, a medida que la acción crítica se diseminaba, sus agentes, sin cambiar de naturaleza, se hacían más numerosos y subalternos; de modo que, en el siglo XVIII, la principal actividad revolucionaria hubo de pasar, en el orden filosófico, de los doctores propiamente dichos a los meros literatos, y luego, en el orden político, de los jueces a los abogados. La Gran Crisis final comenzó necesariamente cuando esta común decadencia, espontánea primero, luego sistemática, a la que, por otra parte, todas las clases, sin distinción, de la sociedad moderna habían contribuido de diversos modos, llegó por fin al punto de hacer universalmente irrecusable la imposibilidad de conservar el régimen antiguo y la necesidad creciente de un orden nuevo. Desde su origen, esta crisis tendió siempre a transformar en un vasto movimiento orgánico el movimiento crítico de los cinco siglos anteriores, presentándose como destinada sobre todo a realizar directamente la regeneración social, todos cuyos preámbulos negativos se hallaban ya suficientemente terminados. Pero esta transformación decisiva, aunque cada vez más urgente, ha tenido que ser hasta ahora esencialmente imposible, por falta de una filosofía verdaderamente propia para procurarle una indispensable base intelectual. Al mismo tiempo en que la realización suficiente de la previa descomposición exigía el desuso de las doctrinas puramente negativas que la habían dirigido, una ilusión fatal, entonces inevitable, condujo, a la inversa, a conceder espontáneamente al espíritu metafísico, el único activo durante este largo preámbulo, la presidencia general del movimiento de reorganización. Cuando una experiencia plenamente decisiva hubo comprobado para siempre, a los ojos de todos, la absoluta impotencia orgánica de tal filosofía, la ausencia de toda teoría distinta no permitió satisfacer por de pronto las necesidades de orden, que ya prevalecían, sino por una especie de restauración pasajera de aquel mismo sistema, mental y social, cuya irreparable decadencia había dado ocasión a la crisis. Finalmente, el desarrollo de esta reacción retrógrada hubo de determinar luego una memorable manifestación, que nuestras lagunas filosóficas hacían tan indispensable como inevitable, a fin de demostrar irrevocablemente que el progreso constituye, tanto como el orden, una de las dos condiciones fundamentales de la civilización moderna.

40.—El concurso natural de estas dos pruebas irrecusables, cuya renovación se ha hecho ahora tan imposible como inútil, nos ha conducido hoy a esta extraña situación en que nada verdaderamente grande puede emprenderse, ni para el orden, ni para el progreso, por falta de una filosofía realmente adaptada al conjunto de nuestras necesidades. Todo esfuerzo serio de reorganización se detiene pronto ante los temores de retroceso que debe naturalmente inspirar, en un tiempo en que las ideas de orden emanan todavía esencialmente del tipo antiguo, que se ha hecho justamente antipático a los pueblos actuales; igualmente, las tentativas de aceleración directa del progreso político no tardan en ser radicalmente estorbadas por las inquietudes muy legítimas que deben suscitar sobre la inminencia de la anarquía, mientras las ideas de progreso sigan siendo sobre todo negativas. Como antes de la crisis, la lucha aparente permanece, pues, entablada entre el espíritu teológico, reconocido como incompatible con el progreso, que ha sido llevado a negar dogmáticamente, y el espíritu metafísico, que después de haber ido a parar, en filosofía, a la duda universal, no ha podido tender, en política, más que a constituir el desorden, o un estado equivalente de desgobierno. Pero, por el sentimiento unánime de su común insuficiencia, ni uno ni otro pueden ya inspirar desde ahora, en los gobernantes o en los gobernados, profundas convicciones activas. Su antagonismo sigue, sin embargo, manteniéndolos mutuamente, sin que ninguno de ellos pueda más caer en verdadero desuso que alcanzar un triunfo decisivo; porque nuestra situación intelectual los hace todavía indispensables para representar, de un modo cualquiera, las condiciones simultáneas del orden, por una parte, y del progreso, por otra, hasta que una misma filo-

sofía pueda satisfacerlas igualmente, de manera que haga por fin tan inútil a la escuela retrógrada como a la escuela negativa, cada una de las cuales está destinada principalmente hoy a impedir la completa preponderancia de la otra. No obstante, las inquietudes opuestas, relativas a estos dos dominios contrarios, deberán persistir naturalmente a la vez, mientras dure este interregno mental, por una inevitable consecuencia de esa escisión irracional entre las dos caras inseparables del gran problema social. En efecto, cada una de las dos escuelas, en virtud de su preocupación exclusiva, no es ya ni siquiera capaz de contener suficientemente en adelante las aberraciones inversas de su antagonista. A pesar de su tendencia antianarquista, la escuela teológica se ha mostrado, en nuestros días, radicalmente impotente para impedir el despliegue de las opiniones subversivas, que, después de haberse desarrollado sobre todo durante su principal restauración, son propagadas con frecuencia por ella, por frívolos cálculos dinásticos. De igual modo, cualquiera que sea el instinto antirretrógrado de la escuela metafísica, no tiene ya hoy toda la fuerza lógica que exigiría su mero oficio revolucionario, porque su inconsecuencia característica la obliga a admitir los principios esenciales de aquel sistema cuyas verdaderas condiciones de existencia ataca sin cesar.

41.—Esta deplorable oscilación entre dos filosofías opuestas, que se han hecho igualmente vanas y que no pueden extinguirse más que a un tiempo, debía suscitar el desarrollo de una especie de escuela intermedia, esencialmente *estacionaria,* destinada sobre todo a recordar directamente el conjunto de la cuestión social, proclamando por fin como igualmente necesarias las dos condiciones fundamentales que aislaban a las dos opiniones activas. Pero, por falta de una filosofía apropiada para realizar esta gran combinación del espíritu de orden con el espíritu de progreso, este tercer impulso resultó lógicamente más impotente todavía que los otros, porque sistematiza la inconsecuencia, consagrando simultáneamente los principios retrógrados y las máximas negativas, a fin de poder neutralizarlas mutuamente. Lejos de tender a terminar la crisis, una disposición semejante no podría llevar sino a eternizarla, oponiéndose directamente a toda verdadera preponderancia de un sistema cualquiera, si no se la limitara a un mero papel pasajero, para satisfacer empíricamente las más graves exigencias de nuestra situación revolucionaria, hasta el advenimiento decisivo de las únicas doctrinas que pueden convenir en adelante al conjunto de nuestras necesidades. Pero, así entendido, este expediente provisional se ha hecho hoy tan indispensable como inevitable. Su rápido ascendiente práctico, reconocido implícitamente por los dos partidos activos, confirma cada vez más, en los pueblos actuales, el amortiguamiento simultáneo de las convicciones y las pasiones anteriores, sean retrógradas o críticas, reemplazadas gradualmente por un sentimiento universal, real, aunque confuso, de la necesidad y hasta la posibilidad de una conciliación permanente entre el espíritu de conservación y el espíritu de mejoramiento, pertenecientes de igual modo al estado normal de la Humanidad. La tendencia correspondiente de los hombres de Estado, de impedir hoy, en cuanto es posible, todo gran movimiento político, se encuentra espontáneamente conforme, por otra parte, con las exigencias fundamentales de una situación que no admitirá más que instituciones provisionales, mientras una verdadera filosofía general no haya unido suficientemente las inteligencias. Sin que los poderes actuales se percaten de ello, esta resistencia instintiva concurre a facilitar la verdadera solución, ya que impulsa a transformar una estéril agitación política en un activo progreso filosófico, de modo que siga por fin la marcha prescrita por la naturaleza propia de la reorganización final, que debe primero realizarse en las ideas, para pasar luego a las costumbres y, en último término, a las instituciones. Una transformación semejante, que ya tiende a prevalecer en Francia, deberá desarrollarse naturalmente cada vez más en todas partes, en vista de la necesidad creciente en que se encuentran ahora nuestros gobiernos occidentales de mantener con grandes gastos el orden ma-

terial en medio del desorden intelectual y moral, necesidad que debe absorber poco a poco esencialmente sus esfuerzos cotidianos, conduciéndolos a renunciar implícitamente a toda presidencia seria de la reorganización espiritual, entregada así en adelante a la libre actividad de los filósofos que se mostraran dignos de dirigirla. Esta disposición natural de los poderes actuales está en armonía con la tendencia espontánea de los pueblos a una aparente indiferencia política, fundada en la impotencia radical de las diversas doctrinas en circulación, y que debe persistir siempre, mientras los debates políticos sigan degenerando, por falta de conveniente impulso, en vanas luchas personales, cada vez más mezquinas. Tal es la feliz eficacia práctica que el conjunto de nuestra situación revolucionaria procura de momento a una escuela esencialmente empírica, que, en el aspecto teórico, nunca puede producir más que un sistema radicalmente contradictorio, no menos absurdo ni menos peligroso, en política, que lo es, en filosofía, el *eclecticismo* correspondiente, inspirado también por una vana intención de conciliar, sin principios propios, opiniones incompatibles.

II. Conciliación positiva del orden y el progreso

42.—Según este sentimiento, cada vez más desarrollado, de la igual insuficiencia social que ofrecen en adelante el espíritu teológico y el espíritu metafísico, únicos que hasta ahora han disputado activamente el imperio, la razón pública debe encontrarse implícitamente dispuesta a acoger hoy el espíritu positivo como la única base posible de una resolución verdadera de la honda anarquía intelectual y moral que caracteriza sobre todo a la gran crisis moderna. Permaneciendo aún extraña a tales cuestiones, la escuela positiva se ha preparado gradualmente a ellas, constituyendo, en lo posible, durante la lucha revolucionaria de los tres últimos siglos, el verdadero estado normal de todas las clases más sencillas de

nuestras especulaciones reales. Fuerte por tales antecedentes, científicos y lógicos; pura, por otra parte, de las diversas aberraciones contemporáneas, se presenta hoy como quien acaba, al fin, de adquirir la generalidad filosófica entera que le faltaba hasta ahora; desde este instante se atreve a emprender, a su vez, la solución, aún intacta, del gran problema, transportando convenientemente a los estudios finales la misma regeneración que ya ha realizado sucesivamente en los diferentes estudios preliminares.

43.—Por lo pronto, no se puede desconocer la aptitud espontánea de una filosofía semejante para constituir directamente la conciliación fundamental, aún buscada tan en vano, entre las exigencias simultáneas del orden y del progreso, puesto que le basta, a estos efectos, extender hasta los fenómenos sociales una tendencia plenamente conforme con su naturaleza, y que ha hecho ahora muy familiar en todos los demás casos esenciales. En una cuestión cualquiera, el espíritu positivo lleva siempre a establecer una exacta armonía elemental entre las ideas de existencia y las ideas de movimiento, de donde resulta más especialmente, respecto a los cuerpos vivos, la correlación permanente de las ideas de organización a las ideas de vida, y luego, por una última especialización propia del organismo social, la solidaridad continua de las ideas de orden con las ideas de progreso. Para la nueva filosofía, el orden constituye siempre la condición fundamental del progreso; y, recíprocamente, el progreso se convierte en el fin necesario del orden: como, en la mecánica animal, el equilibrio y el progreso son mutuamente indispensables, como fundamento o destino.

44.—Considerado luego especialmente en cuanto al Orden, el espíritu positivo le ofrece hoy, en su extensión social, poderosas garantías directas, no sólo científicas, sino también lógicas, que podrán juzgarse pronto como muy superiores a las pretensiones vanas de una teología retrógrada, cada vez más degenerada, desde hace varios siglos, en activo elemento de discordias, individuales o nacionales, e incapaz en adelante de contener

las divagaciones subversivas de sus propios adeptos. Atacando al desorden actual en su verdadero origen, necesariamente mental, constituye, tan profundamente como es posible, la armonía lógica, regenerando primero los *métodos* antes que las doctrinas, por una triple conversión simultánea de la naturaleza de las cuestiones dominantes, de la manera de tratarlas y de las condiciones previas de su elaboración. Por una parte, en efecto, demuestra que las principales dificultades sociales no son hoy políticas, sino sobre todo morales, de manera que su solución posible depende realmente de las opiniones y de las costumbres mucho más que de las instituciones; lo cual tiende a extinguir una actividad perturbadora, transformando la agitación política en movimiento filosófico. En el segundo aspecto considera siempre el estado actual como un resultado necesario del conjunto de la evolución anterior, para hacer prevalecer constantemente la apreciación racional del pasado para el examen actual de los asuntos humanos, lo que aparta al punto las tendencias puramente críticas, incompatibles con toda sana concepción histórica. Por último, en lugar de dejar a la ciencia social en el vago y estéril aislamiento en que aún la ponen la teología y la metafísica, la coordina irrevocablemente con todas las demás ciencias fundamentales, que constituyen gradualmente, desde el punto de vista de este estudio final, otros tantos preámbulos necesarios, donde nuestra inteligencia adquiere a un tiempo los hábitos y las nociones sin los que no puede abordar útilmente las más eminentes especulaciones positivas, lo que instaura ya una verdadera disciplina mental, propia para mejorar radicalmente tales discusiones, vedadas desde entonces racionalmente a una multitud de entendimientos mal organizados o mal preparados. Estas grandes garantías lógicas están, por otra parte, plenamente confirmadas y desarrolladas por la apreciación científica propiamente dicha, que, respecto a los fenómenos sociales como para todos los demás, representa siempre a nuestro orden artificial como algo que debe consistir, ante todo, en una mera prolongación juiciosa, primero

espontánea y luego sistemática, del *orden natural* que resulta, en cada caso, del conjunto de las leyes reales, cuya acción efectiva es modificable de ordinario por nuestra certera intervención, entre límites determinados, tanto más apartados cuanto más elevados son los fenómenos. El sentimiento elemental del orden es, en una palabra, naturalmente inseparable de todas las especulaciones positivas, dirigidas de continuo al descubrimiento de los medios de unión entre observaciones cuyo principal valor resulta de su sistematización.

45.—Otro tanto resulta, y todavía con mayor evidencia, en cuanto al Progreso, que, a pesar de vanas pretensiones ontológicas, encuentra hoy, en el conjunto de los estudios científicos, su más indiscutible manifestación. Según su naturaleza absoluta y, por tanto, esencialmente inmóvil, la metafísica y la teología no podrían experimentar, apenas una más que otra, un verdadero *progreso*, es decir, un avance continuo hacia un fin determinado. Sus transformaciones históricas consisten sobre todo, a la inversa, en un creciente desuso, mental o social, sin que las cuestiones debatidas hayan podido nunca dar un paso real, por razón misma de su radical insolubilidad. Es fácil reconocer que las discusiones ontológicas de las escuelas griegas se han reproducido en lo esencial, en otras formas, entre los escolásticos de la edad media, y encontramos hoy su equivalente entre nuestros psicólogos e ideólogos, y ninguna de las doctrinas en controversia ha podido, durante estos veinte siglos de estériles disputas, llegar a demostraciones decisivas, ni siquiera en lo que concierne a la existencia de los cuerpos exteriores, todavía tan problemática para los argumentadores modernos como para sus más antiguos predecesores. Fue evidentemente la marcha continua de los conocimientos positivos quien inspiró hace dos siglos, en la célebre fórmula filosófica de Pascal, la primera noción racional del progreso humano, necesariamente extraña a toda la filosofía antigua. Extendida más tarde a la evolución industrial e incluso estética, pero todavía demasiado confusa respecto al movimiento social, tiende hoy vagamente a

una sistematización decisiva, que sólo puede emanar del espíritu positivo, generalizado por fin convenientemente. En sus diarias especulaciones reproduce éste espontáneamente su activo sentimiento elemental, representando siempre la extensión y el perfeccionamiento de nuestros conocimientos reales como el fin esencial de nuestros diversos esfuerzos teóricos. En el aspecto más sistemático, la nueva filosofía asigna directamente, como destino necesario, a nuestra existencia entera, a la vez personal y social, el mejoramiento continuo, no sólo de nuestra condición, sino también, y sobre todo, de nuestra naturaleza, tanto como lo permita, en todos aspectos, la totalidad de las leyes reales, exteriores e interiores. Erigiendo así a la noción del progreso en dogma verdaderamente fundamental de la sabiduría humana, sea práctica o teórica, le imprime el carácter más noble y al mismo tiempo más completo, representando siempre al segundo género de perfeccionamiento como superior al primero. Por una parte, en efecto, ya que la acción de la Humanidad sobre el mundo exterior depende sobre todo de las disposiciones del agente, el mejoramiento de ellas debe constituir nuestro principal recurso; por otra parte, siendo los fenómenos humanos, individuales o colectivos, los más modificables de todos, nuestra intervención racional alcanza naturalmente frente a ellos su más amplia eficacia. El dogma del progreso no puede hacerse, pues, suficientemente filosófico sino después de una exacta apreciación general de lo que constituye sobre todo este continuo mejoramiento de nuestra propia naturaleza, principal objeto del adelanto humano. Ahora bien; respecto a esto, el conjunto de la filosofía positiva demuestra plenamente, como puede verse en la obra indicada al comienzo de este *Discurso,* que este perfeccionamiento consiste esencialmente, sea para el individuo o para la especie, en hacer prevalecer cada vez más los atributos eminentes que distinguen más nuestra *humanidad* de la mera animalidad; es decir, de un lado, la inteligencia; de otro, la sociabilidad, facultades naturalmente solidarias, que se sirven mutuamente de medio y de fin. Aunque el concurso espontáneo de la evolución humana, personal o social, desarrolla siempre su común influencia, su ascendiente combinado no podría llegar, sin embargo, al punto de impedir que nuestra principal actividad haga derivar habitualmente inclinaciones inferiores, que nuestra constitución real hace necesariamente mucho más enérgicas. Así, esta preponderancia ideal de nuestra humanidad sobre nuestra animalidad cumple naturalmente las condiciones esenciales de un verdadero *tipo* filosófico, caracterizando un límite determinado, al que deben aproximarnos constantemente todos nuestros esfuerzos, sin poder, sin embargo, alcanzarlo nunca.

46.—Esta doble indicación de la aptitud fundamental del espíritu positivo para sistematizar espontáneamente las sanas nociones simultáneas del orden y el progreso basta aquí para señalar someramente la alta eficacia social propia de la nueva filosofía general. Su valor, en este aspecto, depende ante todo de su plena realidad científica, es decir, de la exacta armonía que establece siempre, cuanto es posible, entre los principios y los hechos, tanto en cuanto a los fenómenos sociales como respecto a todos los demás. La reorganización total que, únicamente, puede terminar la gran crisis moderna consiste, en efecto, en el aspecto mental, que debe primero prevalecer, en constituir una teoría sociológica apta para explicar convenientemente la totalidad del pasado humano: tal es la manera más racional de plantear el problema esencial, a fin de apartar mejor de él toda pasión perturbadora. Así es como la superioridad necesaria de la escuela positiva sobre las diversas escuelas actuales puede ser también más netamente apreciada. Pues el espíritu teológico y el espíritu metafísico son llevados ambos, por su naturaleza absoluta, a no considerar más que la porción del pasado en que cada uno de ellos ha dominado sobre todo: lo que precede y lo que sigue no les muestra más que una tenebrosa confusión y un desorden inexplicable, cuya relación con aquella angosta parte del gran espectáculo histórico no puede resultar, a sus ojos, sino de una milagrosa intervención. Por ejemplo, el catoli-

cismo ha mostrado siempre, frente al politeísmo antiguo, una tendencia tan ciegamente crítica como la que hoy reprocha, con justicia, para con él mismo, al espíritu revolucionario propiamente dicho. Una verdadera explicación del conjunto del pasado, conforme a las leyes constantes de nuestra naturaleza, individual o colectiva, es, pues, necesariamente imposible para las diversas escuelas absolutas que todavía dominan; ninguna de ellas, en efecto, ha intentado suficientemente establecerla. El espíritu positivo, en virtud de su naturaleza eminentemente relativa, puede, únicamente, representar de manera conveniente todas las *grandes épocas históricas* como otras tantas fases determinadas de una misma evolución fundamental, en que cada una resulta de la precedente y prepara la siguiente según leyes invariables, que fijan su participación especial en el común adelanto, para permitir siempre, sin más inconsecuencia que parcialidad, hacer una estricta justicia filosófica a todas las cooperaciones, cualesquiera que sean. Aunque este indiscutible privilegio de la positividad racional deba parecer a primera vista puramente especulativo, los verdaderos pensadores reconocerán pronto en él la primera fuente necesaria del activo ascendiente social reservado finalmente a la nueva filosofía. Pues hoy se puede asegurar que la doctrina que haya explicado suficientemente el conjunto del pasado obtendrá inexorablemente, por consecuencia de esta única prueba, la presidencia mental del porvenir.

Capítulo II
Sistematización de la moral humana

47.—Una indicación semejante de las altas propiedades sociales que caracterizan al espíritu positivo no sería aún bastante decisiva si no se añadiera una sumaria apreciación de su espontánea aptitud para sistematizar finalmente la moral humana, lo que constituirá siempre la principal aplicación de toda verdadera teoría de la Humanidad.

I. Evolución de la moral positiva

48.—En el organismo politeísta de la antigüedad, la moral, radicalmente subordinada a la política, no podía nunca adquirir ni la dignidad ni la universalidad convenientes a su naturaleza. Su independencia fundamental, e incluso normal ascendiente, resultaron por fin, en cuanto era posible, del régimen monoteísta propio de la edad media; este inmenso servicio social, debido principal-

mente al catolicismo, formará siempre su más importante título al agradecimiento eterno del género humano. Sólo después de esta indispensable separación, sancionada y completada por la división necesaria de los dos poderes, pudo comenzar realmente la moral humana a tomar un carácter sistemático, estableciendo, al abrigo de los impulsos pasajeros, reglas verdaderamente generales para la totalidad de nuestra existencia personal, doméstica y social. Pero las profundas imperfecciones de la filosofía monoteísta que entonces presidía esta gran operación hubieron de alterar mucho su eficacia, y hasta comprometer gravemente su estabilidad, suscitando pronto un fatal conflicto entre el desarrollo intelectual y el moral. Vinculada así a una doctrina que no podía seguir siendo mucho tiempo progresiva, la moral debía luego encontrarse cada vez más afectada por el descrédito creciente que iba necesariamente a sufrir una teología que, en adelante retrógrada, acabaría por hacerse radicalmente antipática a la razón moderna. Expuesta desde entonces a la acción disolvente de la metafísica, la moral teórica ha recibido, en efecto, durante los cinco últimos siglos, en cada una de sus tres partes esenciales, heridas gradualmente peligrosas, que no siempre han podido reparar, en la práctica, la rectitud y la moralidad naturales del hombre, a pesar del feliz y continuo desarrollo que entonces debía procurarles el curso espontáneo de nuestra civilización. Si el ascendiente necesario del espíritu positivo no viniera por fin a poner término a estas anárquicas divagaciones, imprimirían ciertamente una mortal fluctuación a todas las nociones un poco delicadas de la moral usual, no sólo social, sino también doméstica, e incluso personal, no dejando subsistir en todo más que las reglas relativas a los casos más groseros, que podría garantizar directamente la apreciación vulgar.

49.—En una situación semejante debe parecer extraño que la única filosofía que puede, en efecto, consolidar hoy la moral se encuentre, por el contrario, tachada de radical incompetencia en este aspecto por las diversas escuelas actuales, desde los verdaderos católicos hasta

los meros deístas, que, en medio de sus vanas disputas, están sobre todo de acuerdo en vedarle esencialmente el acceso a estas cuestiones fundamentales, por el único motivo de que su genio demasiado parcial se había limitado hasta ahora a asuntos más sencillos. El espíritu metafísico, que ha tendido con tanta frecuencia a disolver activamente la moral, y el espíritu teológico, que, desde hace mucho tiempo, ha perdido la fuerza para preservarla, persisten, sin embargo, en hacerse de ella una especie de patrimonio eterno y exclusivo, sin que la razón pública haya juzgado todavía de un modo conveniente estas pretensiones empíricas. Se debe reconocer, es cierto, en general, que la introducción de toda regla moral ha tenido en todas partes que realizarse al principio bajo las inspiraciones teológicas, entonces profundamente incorporadas al sistema entero de nuestras ideas, y además las únicas susceptibles de constituir opiniones suficientemente comunes. Pero la totalidad del pasado demuestra igualmente que esta solidaridad primitiva ha ido siempre decreciendo, como el ascendiente mismo de la teología; los preceptos morales, así como todos los demás, han sido cada vez más llevados a una consagración puramente racional, a medida que el vulgo se ha hecho más capaz de apreciar la influencia real de cada conducta sobre la existencia humana, individual o social. Separando irrevocablemente la moral de la política, el catolicismo hubo de desarrollar mucho esta tendencia continua, puesto que así la intervención sobrenatural quedó directamente reducida a la formación de las reglas generales, cuya aplicación particular era confiada desde entonces esencialmente a la prudencia humana. Como se dirigía a pueblos más adelantados, ha entregado a la razón pública una multitud de prescripciones especiales que los antiguos sabios habían creído que nunca podrían prescindir de mandamientos religiosos, como lo piensan todavía los doctores politeístas de la India, por ejemplo, en cuanto a la mayor parte de las prácticas higiénicas. Además pueden observarse, incluso más de tres siglos después de San Pablo, las siniestras predicciones de muchos filóso-

fos o magistrados paganos sobre la inminente inmortalidad que iba a acarrear necesariamente la próxima revolución teológica. Las declamaciones actuales de las diversas escuelas monoteístas no impedirán más al espíritu positivo acabar hoy, en las condiciones convenientes, la conquista, práctica y teórica, del domino moral, ya entregado espontáneamente cada vez más a la razón humana, cuyas inspiraciones particulares nos quedan sólo, sobre todo, por sistematizar. La Humanidad no podría, sin duda, permanecer indefinidamente condenada a no poder fundar sus reglas de conducta más que en motivos quiméricos, de modo que se eternizara una desastrosa oposición, pasajera hasta ahora, entre las necesidades intelectuales y las necesidades morales.

II. Necesidad de hacer a la moral independiente de la teología y de la metafísica

50.—Lejos de que el apoyo teológico sea indispensable siempre a los preceptos morales, la experiencia demuestra, por el contrario, que se ha hecho entre los modernos cada vez más perjudicial para aquéllos, haciéndolos participar inevitablemente, a causa de esta funesta adherencia, a la creciente descomposición del régimen monoteísta, sobre todo durante los tres últimos siglos. En primer lugar, esta fatal solidaridad debía debilitar directamente, a medida que la fe se apagaba, la única base sobre la que así encontraban apoyo reglas que, expuestas a menudo a graves conflictos con impulsos muy enérgicos, necesitan ser preservadas con cuidado de toda vacilación. La antipatía creciente que justamente inspiraba el espíritu teológico a la razón moderna, ha afectado gravemente a muchas nociones morales, no sólo relativas a las más importantes relaciones de la sociedad, sino también concernientes a la simple vida doméstica e incluso a la existencia personal: un ciego afán de emancipación mental sólo ha logrado, por otra parte, erigir a veces al desdén pasajero de estas saludables

máximas en una especie de loca protesta contra la filosofía retrógrada de que parecían emanar exclusivamente. Hasta entre los que conservaban la fe dogmática, esta funesta influencia se hacía sentir indirectamente, porque la autoridad sacerdotal, después de haber perdido su independencia política, veía también menguar cada vez más el ascendiente social que para su eficacia moral es indispensable. Además de esta creciente impotencia para proteger las reglas morales, el espíritu teológico les ha perjudicado a menudo de un modo activo, por las divagaciones que ha suscitado, desde que no es ya lo bastante disciplinable, bajo el inevitable desarrollo del libre examen individual. Ejercido de esta manera, ha inspirado realmente o fomentado muchas aberraciones antisociales, que el buen sentido, abandonado a sí mismo, hubiera evitado o rechazado espontáneamente. Las utopías subversivas que vemos hoy adquirir crédito, sea contra la propiedad, o incluso acerca de la familia, etc., no son casi nunca forjadas ni acogidas por las inteligencias plenamente emancipadas, a pesar de sus fundamentales lagunas, sino más bien por aquellas que persiguen activamente una especie de restauración teológica, fundada sobre un vago y estéril deísmo o sobre un protestantismo equivalente. Por último, esta antigua adherencia a la teología ha resultado también forzosamente funesta para la moral, en un tercer aspecto general, al oponerse a su sólida reconstrucción sobre bases puramente humanas. Si este obstáculo no consistiera más que en las ciegas declamaciones que emanan con demasiada frecuencia de las diversas escuelas actuales, teológicas o metafísicas, contra el presunto riesgo de tal operación, los filósofos positivos podrían limitarse a rechazar insinuaciones odiosas por el irreprochable ejemplo de su propia vida diaria, personal, doméstica y social. Pero esta oposición es mucho más radical, por desgracia; pues resulta de la incompatibilidad forzosa que existe evidentemente entre estas dos maneras de sistematizar la moral. Como los motivos teológicos deben naturalmente ofrecer, a los ojos del creyente, una inten-

sidad muy superior a la de cualesquiera otros, no podrían hacerse nunca meros auxiliares de los motivos puramente humanos: en el momento en que ya no dominen no pueden conservar eficacia real ninguna. No existe, pues, ninguna alternativa duradera entre fundar por fin la moral sobre el conocimiento positivo de la Humanidad, y dejarla descansar en el mandamiento sobrenatural: las convicciones racionales han podido apoyar a las creencias teológicas, o más bien sustituirlas gradualmente, a medida que la fe se ha ido apagando; pero la combinación inversa no constituye, ciertamente, sino una utopía contradictoria donde lo principal estaría subordinado a lo accesorio.

51.—Una exploración juiciosa del verdadero estado de la sociedad moderna representa, pues, como cada vez más desmentida, por el conjunto de los hechos cotidianos, la pretendida imposibilidad de prescindir en adelante de toda teología para consolidar la moral: puesto que esta peligrosa unión ha tenido que resultar, desde el fin de la edad media, triplemente funesta para la moral, ya enervando o desacreditando sus bases intelectuales, ya suscitando en ella perturbaciones directas o impidiéndole una mejor sistematización. Si, a pesar de activos principios de desorden, la moralidad práctica se ha mejorado realmente, este feliz resultado no podría ser atribuido al espíritu teológico, degenerado en este momento, por el contrario, en un peligro disolvente; se debe esencialmente a la creciente acción del espíritu positivo, ya eficaz en su forma espontánea, que consiste en el buen sentido universal, cuyas sabias inspiraciones han secundado al impulso natural de nuestra civilización progresiva para combatir útilmente las diversas aberraciones, sobre todo, las que emanaban de las *divagaciones* religiosas. Cuando, por ejemplo, la teología protestante tendía a alterar gravemente la institución del matrimonio por la consagración formal del divorcio, la razón pública neutralizaba mucho sus funestos efectos, imponiendo casi siempre el respeto práctico a las costumbres anteriores, las únicas conformes con el verdadero

carácter de la sociabilidad moderna. Experiencias irrecusables han probado al mismo tiempo, por otra parte, en gran escala, en el seno de las masas populares, que el pretendido privilegio exclusivo de las creencias *religiosas* para determinar grandes sacrificios o actos de abnegación podía pertenecer de igual manera a opiniones directamente opuestas, y se mostraba unido, en general, a toda profunda convicción, cualquiera que pudiera ser su naturaleza. Aquellos numerosos adversarios del régimen teológico que hace medio siglo mantuvieron con tanto heroísmo nuestra independencia nacional contra la coalición retrógrada, no mostraron, sin duda, una abnegación menos plena y constante que los bandos supersticiosos que, en el seno de Francia, secundaron la agresión exterior.

52.—Para concluir de apreciar las pretensiones actuales de la filosofía teológico-metafísica, de conservar la exclusiva sistematización de la moral usual, basta considerar directamente la doctrina, peligrosa y contradictoria, que el inevitable progreso de la emancipación mental le ha obligado a establecer respecto a esto, consagrando en todo, bajo formas más o menos explícitas, una especie de *hipocresía colectiva,* análoga a la que se supone muy desacertadamente que fue habitual entre los antiguos, aunque no haya alcanzado nunca más que un éxito precario y pasajero. No pudiendo impedir el libre desenvolvimiento de la razón moderna en los espíritus cultivados, se ha tratado así de obtener de ellos, en vista del interés público, el respeto aparente a las antiguas creencias, a fin de mantener en el vulgo su autoridad, que se juzgaba indispensable. Esta transacción sistemática no es de ningún modo particular a los jesuitas, aunque constituya el fondo esencial de su táctica; el espíritu protestante también le ha impreso, a su modo, una consagración aún más íntima, más extensa y, sobre todo, más dogmática: los metafísicos propiamente dichos la adoptan tanto como los mismos teólogos; el mayor de entre ellos, aunque su alta moralidad fuese verdaderamente digna de su inteligencia eminente, ha

sido arrastrado a sancionarla en lo esencial, estableciendo, por una parte, que las opiniones teológicas, cualesquiera que sean, no admiten ninguna verdadera demostración, y, por otra parte, que la necesidad social obliga a mantener indefinidamente su imperio. Aunque una doctrina semejante pueda resultar respetable en aquellos que no le mezclan ninguna ambición personal, no tiende menos por eso a viciar todas las fuentes de la moralidad humana, al hacerla descansar necesariamente sobre un continuo estado de falsedad, e incluso de desprecio, de los superiores para con los inferiores. Mientras los que debían participar en este sistemático disimulo han sido poco numerosos, su práctica ha sido posible, aunque muy precaria; pero se ha hecho todavía más ridícula que odiosa cuando la emancipación se ha extendido lo bastante para que esta especie de piadosa maquinación tuviera que abarcar, como sería menester hoy, a la mayoría de los espíritus activos. Por último, incluso suponiendo realizada esta quimérica extensión, este pretendido sistema deja subsistente la dificultad entera para las inteligencias liberadas, cuya propia moralidad se encuentra así abandonada a su pura espontaneidad, reconocida ya justamente como insuficiente en la clase sometida. Si hay también que admitir la necesidad de una verdadera sistematización moral en estos espíritus emancipados, no podrá desde luego reposar más que sobre bases positivas, que al fin se juzgarán así indispensables. En cuanto a limitar su destino a la clase ilustrada, aparte de que semejante restricción no podría cambiar la naturaleza de esta gran construcción filosófica, sería evidentemente ilusoria en una época en que la cultura mental que supone esta fácil liberación se ha hecho ya muy común, o más bien casi universal, al menos en Francia. Así, el empírico expediente sugerido por el vano deseo de mantener, a cualquier precio, el antiguo régimen intelectual, no puede llevar finalmente sino a dejar indefinidamente desprovistos de toda doctrina moral a la mayor parte de los espíritus activos, como se ve hoy con demasiada frecuencia.

III. Necesidad de un poder espiritual positivo

53.—Es preciso, pues, sobre todo, en nombre de la moral, trabajar con ardor en conseguir por fin el ascendiente universal del espíritu positivo, para reemplazar un sistema caído, que, tan pronto impotente como perturbador, exigiría cada vez más la presión de la mente como condición permanente del orden moral. Sólo la nueva filosofía puede establecer hoy, respecto a nuestros diversos deberes, convicciones profundas y activas, verdaderamente susceptibles de sostener con energía el choque de las pasiones. Según la teoría positiva de la Humanidad, demostraciones irrecusables, apoyadas en la inmensa experiencia que ahora posee nuestra especie, determinarán con exactitud la influencia real, directa o indirecta, privada y pública, propia de cada acto, de cada costumbre, de cada inclinación o sentimiento; de donde resultarán naturalmente, como otros tantos corolarios inevitables, las reglas de conducta, sean generales o especiales, más conformes con el orden universal, y que, por tanto, habrán de ser ordinariamente las más favorables para la felicidad individual. A pesar de la extrema dificultad de este magno tema, me atrevo a asegurar que, tratado convenientemente, es capaz de conclusiones tan ciertas como las de la geometría misma. No se puede esperar, sin duda, hacer nunca suficientemente accesibles a todas las inteligencias estas pruebas positivas de algunas reglas morales destinadas, sin embargo, a la vida común; pero ya ocurre otro tanto para diversas prescripciones matemáticas, que se aplican, no obstante, sin vacilación en las ocasiones más graves, cuando, por ejemplo, nuestros marinos arriesgan todos los días su existencia sobre la fe de teorías astronómicas que no comprenden en modo alguno; ¿por qué no se ha de conceder también igual confianza a nociones más importantes? Por otra parte, es indiscutible que la eficacia normal de un régimen semejante exige en cada caso, además del poderoso impulso que resulta naturalmente de

los prejuicios públicos, la intervención sistemática, unas veces pasiva y otras activa, de una autoridad espiritual, destinada a recordar con energía las máximas fundamentales y a dirigir sabiamente su aplicación, como he explicado especialmente en la obra antes indicada. Al realizar así el gran oficio que el catolicismo no ejerce ya, este nuevo poder moral utilizará con cuidado la feliz aptitud de la filosofía correspondiente para incorporarse espontáneamente la sabiduría de todos los diversos regímenes anteriores, según la tendencia ordinaria del espíritu positivo respecto a un asunto cualquiera. Cuando la astronomía moderna ha eliminado irrevocablemente los principios astrológicos, no ha conservado menos celosamente todas las nociones verdaderas obtenidas bajo su dominio; otro tanto ha ocurrido para la química, relativamente a la alquimia.

Capítulo III
Desarrollo del sentimiento social

54.—Sin poder emprender aquí la apreciación real de la filosofía positiva, es menester, sin embargo, señalar en ella la continua tendencia que resulta directamente de su constitución propia, sea científica o lógica, para estimular y consolidar el sentimiento del deber, desarrollando siempre el espíritu de colectividad, que se encuentra naturalmente ligado con él. Este nuevo régimen mental disipa espontáneamente la fatal oposición que, desde el fin de la edad media, existe cada vez más entre las necesidades intelectuales y las necesidades morales. Desde ahora, por el contrario, todas las especulaciones reales, convenientemente sistematizadas, contribuirán sin cesar a constituir, en lo posible, la preponderancia universal de la moral, puesto que el punto de vista social llegará a ser necesariamente el vínculo científico y el regulador lógico de todos los demás aspectos positivos. Es imposible que una coordinación semejante, al desarrollar familiarmente las ideas de orden y armonía, referidas siempre a la Humanidad, no tienda a moralizar hondamente, no sólo a los espíritus selectos, sino también a la masa

de las inteligencias, que habrán de participar, todas, más o menos, en esta gran iniciación, según un sistema conveniente de educación universal.

1.° *El antiguo régimen moral es individual.*

55.—Una apreciación más íntima y extensa, a la vez práctica y teórica, representa al espíritu positivo como el único susceptible, por su naturaleza, de desarrollar directamente el sentimiento social, primera base necesaria de toda moral sana. El antiguo régimen mental no podía estimularlo más que con ayuda de penosos artificios indirectos, cuyo éxito real había de ser muy imperfecto, por la tendencia esencialmente personal de tal filosofía, cuando la sabiduría sacerdotal no contenía su influencia espontánea. Esta necesidad es reconocida ahora, al menos empíricamente, en cuanto al espíritu metafísico propiamente dicho, que nunca ha podido concluir, en moral, en ninguna otra teoría efectiva que el desastroso sistema del *egoísmo,* tan en boga hoy, a pesar de muchas declamaciones contrarias; incluso las sectas ontológicas que han protestado seriamente contra semejante aberración no la han sustituido al fin más que por nociones vagas o incoherentes, incapaces de eficacia práctica. Una tendencia tan deplorable, y, no obstante, tan constante, debe de tener raíces más hondas que las que se suponen de ordinario. Resulta sobre todo, en efecto, de la naturaleza necesariamente personal de tal filosofía, que, limitada siempre a la consideración del individuo, nunca ha podido abarcar realmente el estudio de la especie, por una inevitable consecuencia de su vano principio lógico, reducido esencialmente a la *intuición* propiamente dicha, que, evidentemente, no tolera ninguna aplicación colectiva. Sus fórmulas ordinarias no hacen más que traducir ingenuamente su espíritu fundamental; para cada uno de sus adeptos, el pensamiento dominante es constantemente el del *yo;* todas las demás existencias, sean cualesquiera, incluso humanas, se envuelven confusamente en una sola concepción negativa, y su vago conjunto constituye el *no-yo;* la noción del *nosotros* no podría encontrar aquí ningún lugar directo y distinto. Pero, examinando esta cuestión aún con mayor profundidad, hay que reconocer que, en este aspecto como en todos los demás, la metafísica deriva, tanto dogmática como históricamente, de la teología misma, de quien nunca podrá constituir más que una modificación disolvente. En efecto, ese carácter de personalidad constante pertenece, sobre todo, con una energía más directa, al pensamiento teológico, siempre preocupado, en todo creyente, de intereses esencialmente individuales, cuya inmensa preponderancia absorbe por necesidad toda otra consideración, sin que la más sublime entrega pueda inspirar su verdadera abnegación, considerada justamente entonces como una aberración peligrosa. Sólo la oposición frecuente de estos intereses quiméricos con los intereses reales ha procurado a la sabiduría sacerdotal un poderoso medio de disciplina moral, que ha podido ordenar a menudo, en provecho de la sociedad, sacrificios admirables, que no eran tales, sin embargo, más que en apariencia, y se reducían siempre a una prudente ponderación de intereses. Los sentimientos benévolos y desinteresados, que son propios de la naturaleza humana, han debido, sin duda, manifestarse a través de un régimen semejante, e incluso, en algunos aspectos, bajo su impulso directo; pero, aunque su desarrollo no haya podido así ser sofocado, su carácter ha tenido que recibir con ello una grave alteración que probablemente no nos permite conocer todavía plenamente su naturaleza y su intensidad, por falta de un ejercicio propio y directo. Por otra parte, se puede perfectamente presumir que esta continua costumbre de cálculos personales acerca de los más caros intereses del creyente ha desarrollado en el hombre, incluso desde un punto de vista completamente distinto, por vía de afinidad gradual, un exceso de circunspección, de precaución, y, por último, de egoísmo, que su organización fundamental no exigía, y que desde entonces podrá algún día disminuir bajo un ré-

gimen moral mejor. Sea lo que quiera de esta conjetura, sigue siendo indiscutible que el pensamiento teológico es, por su naturaleza, esencialmente individual, y nunca directamente colectivo. A los ojos de la fe, sobre todo monoteísta, la vida social no existe, por falta de un fin que le sea propio; la sociedad humana no puede entonces ofrecer inmediatamente más que una mera aglomeración de individuos, cuya reunión es siempre tan fortuita como pasajera, y que, ocupados cada uno de su sola salvación, no conciben la participación en la del prójimo sino como un poderoso medio de merecer mejor la suya, obedeciendo a las prescripciones supremas que han impuesto esa obligación. Nuestra admiración respetuosa se deberá siempre, con seguridad, a la prudencia sacerdotal que, bajo el feliz impulso de un instinto público, ha sabido obtener durante mucho tiempo una alta utilidad práctica de una filosofía tan imperfecta. Pero este justo reconocimiento no podría llegar hasta prolongar artificialmente este régimen inicial más allá de su destino provisional, cuando ha venido por fin la edad de una economía más conforme al conjunto de nuestra naturaleza, intelectual y afectiva.

2.° *El espíritu positivo es directamente social.*

56.—El espíritu positivo, por el contrario, es directamente social, en cuanto es posible, y sin ningún esfuerzo, como consecuencia de su misma realidad característica. Para él, el hombre propiamente dicho no existe, no puede existir más que la Humanidad, puesto que todo nuestro desarrollo se debe a la sociedad, desde cualquier punto de vista que se le mire. Si la idea de *sociedad* parece todavía una abstracción de nuestra inteligencia, es, sobre todo, en virtud del antiguo régimen filosófico; pues, a decir verdad, es la idea de *individuo* a quien pertenece tal carácter, al menos en nuestra especie. El conjunto de la nueva filosofía tenderá siempre a hacer resaltar, tanto en la vida activa como

en la vida especulativa, el vínculo de cada uno con todos, en una multitud de aspectos diversos, de manera que se haga involuntariamente familiar el sentimiento íntimo de la solidaridad social, extendida convenientemente a todos los tiempos y a todos los lugares. No sólo la búsqueda activa del bien público se representará sin cesar como el modo más propio para asegurar comúnmente la felicidad privada, sino que, por un influjo a un tiempo más directo y más puro, al fin más eficaz, el ejercicio más completo posible de las inclinaciones generosas llegará a ser la principal fuente de la felicidad personal, incluso aunque no hubiera de procurar excepcionalmente otra recompensa que una inevitable satisfacción interior. Pues si, como no podría dudarse, la *felicidad* resulta, sobre todo, de una acertada actividad, debe depender principalmente, por tanto, de los instintos simpáticos, aunque nuestra organización no les conceda de ordinario una energía preponderante; puesto que los sentimientos benévolos son los únicos que pueden desarrollarse libremente en el estado social, que naturalmente los estimula cada vez más, al abrirles un campo indefinido, mientras que exige, con absoluta necesidad, una cierta represión permanente de los diversos impulsos personales, cuyo despliegue espontáneo suscitaría conflictos continuos. En esta vasta expansión social encontrará cada uno la satisfacción normal de aquella tendencia a eternizarse, que no podía primero satisfacerse sino con ayuda de ilusiones ya incompatibles con nuestra evolución mental. No pudiendo prolongarse más que por la especie, el individuo sería así arrastrado a incorporarse a ella lo más completamente posible, uniéndose profundamente a toda su existencia colectiva, no sólo actual, sino también pasada y, sobre todo, futura, de manera que alcance toda la intensidad de vida que tolera, en cada caso, la totalidad de las leyes reales. Esta gran identificación podrá hacerse tanto más íntima y mejor sentida, ya que la nueva filosofía asigna necesariamente a los dos modos de vida un mismo destino fundamental y una misma ley de evolución, que con-

siste siempre, sea para el individuo o para la especie, en el progreso continuo cuyo fin principal ha sido antes caracterizado, es decir, la tendencia a hacer, por una y otra parte, que prevalezca, en lo posible, el atributo humano, o la combinación de la inteligencia con la sociabilidad, sobre la animalidad propiamente dicha. Como nuestros sentimientos, cualesquiera que sean, no pueden desarrollarse más que por un ejercicio directo y sostenido, tanto más indispensable cuanto menos enérgicos son al principio, sería superfluo insistir aquí más, para cualquiera que posea, aun empíricamente, un verdadero conocimiento del hombre, para demostrar la superioridad necesaria del espíritu positivo sobre el antiguo espíritu teológico-metafísico, en cuanto al desarrollo propio y activo del instinto social. Esta preeminencia es de una naturaleza de tal modo sensible, que la razón pública la reconocerá sin duda suficientemente, mucho antes de que las instituciones correspondientes hayan podido realizar convenientemente sus felices propiedades.

Tercera parte

Condiciones de advenimiento de la escuela positiva.

(Alianza de los proletarios y los filósofos.)

Capítulo I
Institución de una enseñanza popular superior

1.° *Correlación entre la propagación de las nociones positivas y las disposiciones del medio actual.*

57.—Según el conjunto de las indicaciones precedentes, la superioridad espontánea de la nueva filosofía sobre todas las que hoy se disputan el imperio, se encuentra ahora caracterizada en el aspecto social tanto como ya lo estaba desde el punto de vista mental, por lo menos en cuanto este *Discurso* lo permite, y salvo el recurso indispensable a la obra citada. Al acabar esta somera apreciación, importa observar la feliz correlación que se establece naturalmente entre un espíritu filosófico semejante y las disposiciones, acertadas, pero empíricas, que la experiencia contemporánea hace ya prevalecer cada vez más, tanto entre los gobernados como entre los gobernantes. Sustituyendo directamente con un inmenso movimiento mental una estéril agitación política, la escuela positiva explica y sanciona, mediante un examen sistemático, la indiferencia o la repugnancia

más opresivo, de modo que el verdadero espíritu positivo, que corresponde al conjunto de los diversos trabajos científicos, resulta, en el fondo, sin poder ser comprendido plenamente por ninguno de los que lo han preparado así naturalmente. Cada vez más entregados a esta inevitable tendencia, los sabios propiamente dichos llegan en nuestro siglo, de ordinario, a una insuperable aversión contra toda idea general, y a la absoluta imposibilidad de apreciar realmente ninguna concepción filosófica. Se sentirá mejor, por lo demás, la gravedad de una oposición semejante observando que, nacida de los hábitos mentales, ha tenido que extenderse luego hasta los diversos intereses correspondientes, que nuestro régimen científico vincula profundamente, sobre todo en Francia, a ese desastroso especialismo, como he demostrado cuidadosamente en la obra citada. Así, la nueva filosofía, que exige directamente el espíritu de conjunto, y que hace prevalecer para siempre, sobre todos los estudios constituidos hoy, la naciente ciencia del desarrollo social, encontrará forzosamente una íntima antipatía, a la vez activa y pasiva, en los prejuicios y las pasiones de la única clase que podría ofrecerle directamente un punto de apoyo, y en la que no debe esperar durante mucho tiempo más que adhesiones puramente individuales, más escasas tal vez allí que en cualquier otra parte [1].

[1] Esta preponderancia empírica del espíritu de detalle en la mayor parte de los sabios actuales, y su ciega antipatía hacia cualquier generalización, se encuentran muy agravadas, sobre todo en Francia, por su reunión habitual en Academias, donde los diversos prejuicios analíticos se fortifican mutuamente; donde, por otra parte, se desarrollan intereses demasiadas veces abusivos; donde, por último, se organiza espontáneamente una especie de permanente motín contra el régimen sintético que debe en adelante prevalecer. El instinto de progreso que caracterizaba, hace medio siglo, al genio revolucionario, había sentido de un modo confuso estos peligros esenciales, de manera que determinó la supresión directa de esas sociedades atrasadas, que, sólo convenientes para la elaboración preliminar del espíritu positivo, se hacían cada día más hostiles a su sistematización final. Aunque esta audaz medida, tan mal juzgada de ordinario, fuera prematura entonces, porque estos graves inconvenientes no podían aún estar bastante reconocidos, queda, sin embargo, como cierto que estas corporaciones científicas habían ya cumplido el principal oficio que permitía su naturaleza: desde su restauración su influencia real ha sido, en el fondo, mucho más dañosa que útil a la marcha actual de la gran evolución mental.

2.º *Universalidad necesaria de esta enseñanza.*

59.—Para superar convenientemente este concurso espontáneo de resistencias diversas que le presenta hoy la masa especulativa propiamente dicha, la escuela positiva no podría encontrar otro recurso general que organizar una llamada directa y sostenida al buen sentido universal, esforzándose desde ahora en propagar sistemáticamente, en la masa activa, los principales estudios científicos propios para constituir en ella la base indispensable de su gran elaboración filosófica. Estos estudios preliminares, dominados naturalmente hasta ahora por ese espíritu de especialismo empírico que rige las ciencias correspondientes, son concebidos y dirigidos siempre como si cada uno de ellos hubiera de preparar sobre todo para una cierta profesión exclusiva; lo que impide la posibilidad, incluso en los que tendrían más ocasión de ello, de abarcar nunca varias, o, por lo menos, tanto como lo exigiría la formación ulterior de sanas concepciones generales. Pero esto no puede ya ser así cuando tal instrucción se destina directamente a la educación universal, que cambia necesariamente su carácter y su dirección, a pesar de toda tendencia contraria. El público, en efecto, que no quiere hacerse ni geómetra, ni astrónomo, ni químico, etc., siente de continuo la necesidad simultánea de todas las ciencias fundamentales, reducida cada una a sus nociones esenciales; le hacen falta, según la notabilísima expresión de nuestro gran Molière, *claridades de todo*. Esta simultaneidad necesaria no existe sólo para él cuando considera estos estudios en su destino abstracto y general,

como única base racional del conjunto de las concepciones humanas; la vuelve a encontrar, aunque menos directamente, incluso respecto a las diversas aplicaciones concretas, cada una de las cuales, en el fondo, en lugar de referirse exclusivamente a una cierta rama de la filosofía natural, depende también más o menos de todas las demás. Así, la propagación universal de los principales estudios positivos no está sólo destinada hoy a satisfacer una necesidad ya muy pronunciada en el público, que siente cada vez más que las ciencias no están reservadas exclusivamente para los sabios, sino que existen sobre todo para él mismo. Por una feliz reacción espontánea, un destino semejante, cuando esté convenientemente desarrollado, deberá mejorar radicalmente el espíritu científico actual, al despojarlo de su especialismo ciego y dispersivo, de manera que le haga adquirir poco a poco el verdadero carácter filosófico indispensable para su principal misión. Incluso es esta vía la única que puede, en nuestros días, constituir gradualmente, fuera de la clase especulativa propiamente dicha, un amplio tribunal espontáneo, tan imparcial como irrecusable, formado por la masa de los hombres sensatos, ante el cual vendrán a extinguirse irrevocablemente muchas falsas opiniones científicas, que las miras peculiares de la elaboración preliminar de los dos últimos siglos hubieron de mezclar profundamente con las doctrinas verdaderamente positivas, a quienes alterarán necesariamente mientras estas discusiones no estén por fin sometidas directamente al buen sentido universal. En un tiempo en que no hay que esperar eficacia inmediata más que de medidas siempre provisionales, bien adaptadas a nuestra situación transitoria, la organización necesaria de tal punto de apoyo general para el conjunto de los trabajos filosóficos resulta, a mi modo de ver, el principal resultado social que puede producir ahora la vulgarización total de los conocimientos reales; el público devolverá así a la nueva escuela un equivalente pleno de los servicios que le procure esta organización.

60.—Este magno resultado no podría obtenerse de un modo suficiente si esta enseñanza continua permaneciera destinada a una sola clase cualquiera, incluso muy extensa; se debe, so pena de fracasar, tener siempre a la vista la universalidad entera de las inteligencias. En el estado normal que este movimiento debe preparar, todas, sin ninguna excepción ni distinción, sentirán siempre la misma necesidad fundamental de esta filosofía primera, que resulta del conjunto de las nociones reales, y que debe entonces llegar a ser la base sistemática de la sabiduría humana, tanto activa como especulativa, de manera que cumpla más convenientemente el indispensable oficio social que se vinculaba en otro tiempo a la instrucción universal cristiana. Importa, pues, mucho que, desde su origen, la nueva escuela filosófica desarrolle, en lo posible, ese gran carácter elemental de universalidad social, que, relativo finalmente a su destino principal, constituirá hoy su mayor fuerza contra las diversas resistencias que ha de encontrar.

3.° *Destino esencialmente popular de esta enseñanza.*

61.—Con el fin de marcar mejor esta tendencia necesaria, una íntima convicción, primero instintiva y luego sistemática, me ha determinado desde hace mucho tiempo a mostrar siempre la enseñanza expuesta en este *Tratado* como dirigida sobre todo a la clase más numerosa, a quien nuestra situación deja desprovista de toda instrucción regular, a causa del creciente desuso de la instrucción puramente teológica, que, reemplazada provisionalmente, sólo para los cultos, por una cierta instrucción metafísica y literaria, no ha podido recibir, sobre todo en Francia, ningún equivalente parecido para la masa popular. La importancia y la novedad de tal disposición constante, mi vivo deseo de que sea apreciada convenientemente, e incluso, si me atrevo a decirlo, imitada, me obligan a indicar aquí los principales motivos de ese contacto espiritual que debe instituir así

especialmente hoy con los proletarios la nueva escuela filosófica, sin que, no obstante, deba excluir nunca su enseñanza a una clase cualquiera. Por muchos obstáculos que el defecto de celo o de elevación pueda oponer por una y otra parte a tal aproximación, es fácil reconocer, en general, que, de todas las porciones de la sociedad actual, el pueblo propiamente dicho debe de ser, en el fondo, la mejor dispuesta, por las tendencias y necesidades que resultan de su situación característica, a acoger favorablemente la nueva filosofía, que al fin debe encontrar allí su principal apoyo, tanto mental como social.

62.—Una primera consideración, que importa profundizar, aunque su naturaleza sea sobre todo negativa, resulta, acerca de esto, de una apreciación juiciosa de lo que, a primera vista, podría parecer que ofrece una grave dificultad, es decir, la ausencia actual de toda cultura especulativa. Sin duda es lamentable, por ejemplo, que esta enseñanza popular de la filosofía astronómica no encuentre todavía, en todos aquellos para quienes está sobre todo destinada, algunos estudios matemáticos preliminares, que la harían a la vez más eficaz y más fácil, y que incluso yo me veo forzado a suponer. Pero la misma laguna se encontraría también en la mayoría de las otras clases actuales, en una época en que la instrucción positiva está limitada, en Francia, a ciertas profesiones especiales, que están en esencial relación con la Escuela Politécnica o las escuelas de medicina. No hay, por tanto, en esto nada que sea verdaderamente particular en nuestros proletarios. En cuanto a su carencia habitual de esa especie de cultura regular que reciben hoy las clases letradas, no temo caer en una exageración filosófica al afirmar que de ello resulta, para los espíritus populares, una notable ventaja, en lugar de un inconveniente real. Sin volver aquí sobre una crítica por desgracia demasiado fácil, suficientemente realizada desde hace mucho tiempo, y que la experiencia de todos los días confirma cada vez más a los ojos de la mayoría de los hombres sensatos, sería difícil concebir ahora una

preparación más irracional y, en el fondo, más peligrosa para la conducta ordinaria de la vida real, sea activa e incluso especulativa, que la que resulta de esa vana instrucción, primero de palabras, luego de entidades, en que se pierden todavía tantos preciosos años de nuestra juventud. A la mayor parte de los que la reciben, no les inspira ya otra cosa que una aversión casi insuperable hacia todo trabajo intelectual para el curso entero de su carrera; pero sus peligros resultan mucho más graves en aquellos que se han dedicado a ella más especialmente. La falta de aptitud para la vida real, el desdén por las profesiones vulgares, la impotencia para apreciar convenientemente ninguna concepción positiva, y la antipatía que pronto resulta de ello, los disponen hoy con demasiada frecuencia a secundar una estéril agitación metafísica que inquietas pretensiones personales, desarrolladas por esa educación desastrosa, no tardan en hacer políticamente perturbadora, bajo el influjo directo de una viciosa erudición histórica, que, haciendo prevalecer una noción falsa del tipo social propio de la antigüedad, impide comúnmente comprender la sociabilidad moderna. Si se considera que casi todos los que, en diversos aspectos, dirigen ahora los asuntos humanos han sido preparados de este modo, no se podrá nadie sorprender de la vergonzosa ignorancia que manifiestan demasiado a menudo acerca de los menores problemas, incluso materiales, ni de su frecuente disposición a descuidar el fondo por la forma, colocando por encima de todo el arte de decir bien, por contradictoria y perniciosa que resulte su aplicación, ni, por último, de la tendencia especial de nuestras clases ilustradas a acoger con avidez todas las aberraciones que surgen diariamente de nuestra anarquía mental. Una apreciación semejante dispone, al contrario, a extrañarse de que estos diversos desastres no estén de ordinario más extendidos; conduce a admirar profundamente la rectitud y la sabiduría naturales del hombre, que, bajo el feliz impulso propio del conjunto de nuestra civilización, contienen espontáneamente, en gran parte, esas peligrosas conse-

cuencias de un sistema absurdo de educación general. Puesto que este sistema ha sido desde el fin de la edad media, como lo es todavía, el principal punto de apoyo social del espíritu metafísico, ya primero contra la teología, o después contra la ciencia, se concibe fácilmente que las clases a las que no ha podido envolver deben de encontrarse, por eso mismo, mucho menos afectadas por esa filosofía transitoria, y, por tanto, mejor dispuestas al estado positivo. Ahora bien; ésta es la importante ventaja que la ausencia de educación escolástica procura hoy a nuestros proletarios, y que los hace, en el fondo, menos accesibles que la mayoría de las gentes ilustradas a los diversos sofismas perturbadores, de acuerdo con la experiencia diaria, a pesar de una excitación continua, dirigida sistemáticamente hacia las pasiones relativas a su condición social. En otro tiempo, hubieron de estar profundamente dominados por la teología, sobre todo católica; pero, durante su emancipación mental, la metafísica no ha podido deslizarse entre ellos, por no encontrar la cultura especial sobre la que descansa; sólo la filosofía positiva podrá, de nuevo, apoderarse radicalmente de ellos. Las condiciones previas, tan recomendadas por los primeros padres de esta filosofía final, deben así encontrarse mejor cumplidas allí que en parte alguna; si la célebre *tabla rasa* de Bacon y de Descartes fuera alguna vez plenamente realizable, sería seguramente en los proletarios actuales, que, principalmente en Francia, están mucho más próximos que ninguna otra clase al tipo ideal de esta disposición preparatoria para la positividad racional.

63.—Examinando, en un aspecto más íntimo y duradero, esta inclinación natural de las inteligencias populares hacia la sana filosofía, se reconoce fácilmente que ésta debe siempre resultar de la solidaridad fundamental que, según nuestras explicaciones anteriores, vincula directamente al verdadero espíritu filosófico con el buen sentido universal, su primera fuente necesaria. No sólo, en efecto, este buen sentido, tan justamente preconizado por Descartes y Bacon, debe de encontrarse hoy

más puro y más enérgico en las clases inferiores, en virtud precisamente de aquella afortunada carencia de cultura escolástica que los hace menos accesibles a las costumbres vagas o sofísticas. A esta diferencia pasajera, que una educación mejor de las clases ilustradas disipará gradualmente, hay que añadir otra, por necesidad permanente, relativa a la influencia mental de las diversas funciones sociales propias de los dos órdenes de inteligencias, según el carácter respectivo de sus trabajos habituales. Desde que la acción real de la Humanidad sobre el mundo exterior ha comenzado, entre los modernos, a organizarse espontáneamente, exige la combinación continua de dos clases distintas, muy desiguales en número, pero de igual modo indispensables: por una parte, los *empresarios* propiamente dichos, siempre poco numerosos, que, poseyendo los diversos materiales convenientes, incluso el dinero y el crédito, dirigen el conjunto de cada operación, asumiendo desde ese momento la principal responsabilidad de los resultados, sean cualesquiera; por otra parte, los *operarios* directos, que viven de un salario periódico y forman la inmensa mayoría de los trabajadores, que ejecutan, en una especie de intención abstracta, cada uno de los actos elementales, sin preocuparse especialmente de su concurso final. Sólo estos últimos tienen que habérselas inmediatamente con la naturaleza, mientras que los primeros tienen que ver sobre todo con la sociedad. Por una consecuencia necesaria de estas diferencias fundamentales, la eficacia especulativa que hemos reconocido como inherente a la vida industrial para desarrollar involuntariamente el espíritu positivo, debe hacerse sentir mejor, de ordinario, en los operarios que entre los empresarios; pues sus trabajos peculiares ofrecen un carácter más sencillo, un fin más netamente determinado, resultados más próximos y condiciones más imperiosas. La escuela positiva habrá de encontrar, por tanto, en ellos un acceso más fácil para su enseñanza universal, y una simpatía más viva por su renovación filosófica, cuando pueda penetrar convenientemente en este vasto medio

social. Al mismo tiempo, habrá de encontrar afinidades morales no menos preciosas que estas armonías mentales, por ese común descuido material que acerca espontáneamente a nuestros proletarios a la verdadera clase contemplativa, al menos cuando ésta haya tomado por fin las costumbres que corresponden a su destino social. Esta feliz disposición, tan favorable al orden universal como a la verdadera felicidad personal, adquirirá algún día mucha importancia normal, por la sistematización de las relaciones generales que deben existir entre esos dos elementos extremos de la sociedad positiva. Pero desde este instante, puede facilitar esencialmente su naciente unión, remediando el poco espacio que las ocupaciones diarias dejan a nuestros proletarios para su instrucción especulativa. Si bien, en algunos casos excepcionales, de extremado recargo, este obstáculo continuo parece que, en efecto, ha de impedir todo desarrollo mental, está compensado de ordinario por ese carácter de sabia imprevisión que, en cada intermitencia natural de los trabajos obligados, devuelve al espíritu una disponibilidad plena. El verdadero ocio no debe faltar habitualmente más que en la clase que se cree especialmente dotada de él; pues, por razón misma de su fortuna y de su posición, está comúnmente preocupada con activas inquietudes, que no permiten casi nunca un verdadero sosiego intelectual y moral. Este estado debe resultar fácil, por el contrario, ya a los pensadores, ya a los operarios, por su común liberación espontánea de los cuidados relativos al empleo de los capitales, e independientemente de la regularidad natural de su vida diaria.

64.—Cuando estas diferentes tendencias, mentales y morales, hayan obrado de modo conveniente, habrá de ser, pues, entre los proletarios donde mejor se realice esa propagación universal de la instrucción positiva, condición indispensable para el cumplimiento gradual de la renovación filosófica. También es entre ellos donde el carácter continuo de un estudio semejante podrá llegar a ser más puramente especulativo, porque se encontrará

allí más exento de aquellas miras interesadas que llevan a él, más o menos directamente, las clases superiores, preocupadas casi siempre de cálculos ávidos o ambiciosos. Después de haber buscado en él el fundamento universal de toda sabiduría humana, vendrán luego a buscar, como en las bellas artes, una dulce diversión habitual para el conjunto de sus fatigas cotidianas. Como su inevitable condición social ha de hacerles mucho más preciosa tal diversión, sea científica o estética, sería extraño que las clases directoras quisieran ver en ella, por el contrario, un motivo fundamental para tenerlos esencialmente privados de ella, negando sistemáticamente la única satisfacción que puede repartirse indefinidamente, a aquellos mismos que deben renunciar a los goces menos comunicables. Para justificar tal negativa, dictada con demasiada frecuencia por el egoísmo y la irreflexión, se ha objetado alguna vez, es cierto, que esta vulgarización especulativa tendería a agravar profundamente el desorden actual, desarrollando la funesta disposición, ya demasiado pronunciada, al desorden universal. Pero este natural temor, única objeción seria que sobre este punto merecería una verdadera discusión, resulta hoy, en la mayoría de los casos de buena fe, de una confusión irracional de la instrucción positiva, a la vez estética y científica, con la instrucción metafísica y literaria, única organizada ahora. Esta, en efecto, que, ya lo hemos reconocido, ejerce una acción social muy perturbadora en las clases ilustradas, se haría mucho más peligrosa si se la extendiera a los proletarios, en quienes desarrollaría, además del disgusto por las ocupaciones materiales, exorbitantes ambiciones. Pero, por fortuna, están, en general, todavía menos dispuestos a pedirla que se estaría a concedérsela. En cuanto a los estudios positivos, concebidos sabiamente y dirigidos de manera conveniente, no llevan consigo en forma alguna un influjo semejante; al enlazarse y aplicarse, por su naturaleza, a todos los trabajos prácticos, tienden, por el contrario, a confirmar o aun inspirar el gusto de ellos, bien ennobleciendo su carácter

habitual, bien suavizando sus penosas consecuencias; al conducir, por otra parte, a una sana apreciación de las diversas posiciones sociales y de las necesidades correspondientes, disponen a darse cuenta de que la dicha real es compatible con cualesquiera condiciones, siempre que sean cumplidas honorablemente y racionalmente aceptadas. La filosofía general que resulta de ellas representa al hombre, o más bien a la Humanidad, como el primero de los seres conocidos, destinado, por el conjunto de las leyes reales, a perfeccionar tanto como sea posible, y en todos aspectos, el orden natural, al abrigo de toda inquietud quimérica; lo cual tiende a levantar profundamente el activo sentimiento universal de la dignidad humana. Al mismo tiempo, modera espontáneamente el orgullo demasiado exaltado que podría suscitar, mostrando, en todos aspectos y con familiar evidencia, cuán por bajo debemos quedar siempre del fin y del tipo así caracterizados, ya en la vida activa o incluso en la vida especulativa, donde se siente, casi a cada paso, que nuestros más sublimes esfuerzos no pueden superar nunca sino una débil parte de las dificultades fundamentales.

65.—A pesar de la gran importancia de los diversos motivos precedentes, consideraciones todavía más poderosas determinarán sobre todo a las mentes populares a secundar hoy la acción filosófica de la escuela positiva por su ardor continuo por la propagación universal de los estudios reales; se refieren a las principales necesidades colectivas propias de la condición social de los proletarios. Se pueden resumir en esta indicación general: hasta ahora no ha podido existir una política esencialmente popular, y sólo la nueva filosofía puede constituirla.

Capítulo II
Institución de una política popular

1.° *La política popular, siempre social, debe hacerse sobre todo moral.*

66.—Desde el comienzo de la gran crisis moderna, el pueblo no ha intervenido aún más que como mero auxiliar en las principales luchas políticas, con la esperanza, sin duda, de obtener de ellas algunas mejoras de su situación general, pero no por miras y un fin que le fuesen realmente propios. Todas las disputas habituales han quedado concentradas, esencialmente, entre las diversas clases superiores o medias, porque se referían sobre todo a la posesión del poder. Ahora bien, el pueblo no podía interesarse directamente mucho tiempo por tales conflictos, puesto que la naturaleza de nuestra civilización impide evidentemente a los proletarios esperar, e incluso desear, ninguna participación importante en el poder político propiamente dicho. Además, después de haber realizado esencialmente todos los resultados sociales que podían esperar de la sustitución provisional de los metafísicos y legistas, en lugar de la

antigua preponderancia política de las clases sacerdotales y feudales, se vuelven hoy cada vez más indiferentes para la estéril propagación de esas luchas cada vez más miserables, reducidas ya casi a vanas rivalidades personales. Cualesquiera que sean los esfuerzos diarios de la agitación metafísica para hacerlos intervenir en estas frívolas disputas, por el incentivo de lo que se llama los derechos políticos, el instinto popular ha comprendido ya, sobre todo en Francia, cuán ilusoria y pueril sería la posesión de un privilegio semejante, que, incluso en su actual grado de diseminación, no inspira habitualmente ningún interés verdadero a la mayoría de los que gozan de él exclusivamente. El pueblo no puede interesarse esencialmente más que por el uso efectivo del poder, sean cualesquiera las manos en que resida, y no por su conquista especial. Tan pronto como las cuestiones políticas, o más bien desde entonces sociales, se refieran de ordinario a la manera como el poder debe ejercerse para alcanzar mejor su destino general, principalmente relativo, entre los modernos, a la masa proletaria, no se tardará en reconocer que el desdén actual nada tiene que ver con una peligrosa indiferencia: hasta entonces, la opinión popular permanecerá extraña a esas disputas, que, a los ojos de las buenas inteligencias, al aumentar la inestabilidad de todos los poderes, tienden especialmente a retrasar esta transformación indispensable. En una palabra, el pueblo está naturalmente dispuesto a desear que la vana y tempestuosa discusión de los derechos se encuentre por fin reemplazada por una fecunda y saludable apreciación de los diversos deberes esenciales, ya sean generales o especiales. Tal es el principio espontáneo de la íntima conexión que, sentida tarde o temprano, unirá necesariamente al instinto popular con la acción social de la filosofía positiva, pues esta gran transformación equivale evidentemente a aquella otra, fundada antes por las más altas consideraciones especulativas, del movimiento político actual en un simple movimiento filosófico, cuyo primero y principal resultado social consistirá, en efecto, en constituir sólidamente una activa moral universal, prescribiendo a cada agente, individual o colectivo, las reglas de conductas más conformes con la armonía fundamental. Cuanto más se medite sobre esta relación natural, mejor se reconocerá que esta mutación decisiva, que sólo podía emanar del espíritu positivo, no puede hoy encontrar un apoyo sólido más que en el pueblo propiamente dicho, único dispuesto a comprenderla bien y a interesarse profundamente por ella. Los prejuicios y las pasiones propios de las clases superiores o medias se oponen conjuntamente a que, al principio, sea sentida suficientemente en ellas, porque, de ordinario, han de ser más sensibles a las ventajas inherentes a la posesión del poder que a los peligros que resultan de su ejercicio vicioso. Si bien el pueblo es ahora, y debe seguir siendo en adelante, indiferente a la posesión directa del poder político, no puede nunca renunciar a su indispensable participación continua en el poder moral, que, siendo el único verdaderamente accesible a todos, sin ningún peligro para el orden universal y, por el contrario, con gran ventaja cotidiana para él, autoriza a cada uno, en nombre de una común doctrina fundamental, a hacer volver convenientemente a los más altos poderes a sus diversos deberes esenciales. En verdad, los prejuicios inherentes al estado transitorio o revolucionario han debido encontrar también alguna acogida entre nuestros proletarios: mantienen, en efecto, inoportunas ilusiones en el alcance indefinido de las medidas políticas propiamente dichas; impiden por ello apreciar cuánto más depende hoy la justa satisfacción de los grandes intereses populares de las opiniones y de las costumbres que de las instituciones mismas, cuya verdadera regeneración, actualmente imposible, exige, ante todo, una reorganización espiritual. Pero puede asegurarse que la escuela positiva tendrá mucha más facilidad para hacer penetrar esta saludable enseñanza en los espíritus populares que en cualquier otro lugar, sea porque la metafísica negativa no ha podido arraigarse allí tanto, sea, sobre todo, por el impulso constante de las necesidades sociales inherentes

a su situación necesaria. Estas necesidades se refieren esencialmente a dos condiciones fundamentales, una espiritual, otra temporal, de naturaleza profundamente conexa: se trata, en efecto, de asegurar convenientemente a todos, en primer lugar, la educación normal, y luego el trabajo regular; tal es, en el fondo, el verdadero *programa social de los proletarios.* No puede existir verdadera popularidad sino para la política que tienda necesariamente hacia este doble destino. Ahora bien: tal es, evidentemente, el carácter espontáneo de la doctrina social propia de la nueva escuela filosófica; nuestras explicaciones anteriores deben dispensar aquí, a este respecto, de toda otra aclaración, reservada, por otra parte, a la obra indicada tan a menudo en este *Discurso.* Importa sólo añadir, acerca de este punto, que la concentración necesaria de nuestros pensamientos y de nuestra actividad sobre la vida real de la Humanidad, apartando toda ilusión vana, tenderá especialmente a fortificar mucho la adhesión moral y política del pueblo propiamente dicho a la verdadera filosofía moderna. En efecto, su juicioso instinto advertirá pronto en ella un poderoso motivo nuevo de dirigir sobre todo la práctica social hacia el sabio mejoramiento continuo de su propia condición personal. Las quiméricas esperanzas inherentes a la antigua filosofía han conducido con demasiada frecuencia, por el contrario, a descuidar con desdén tales progresos, o a apartarlos por una especie de aplazamiento continuo, de acuerdo con la importancia mínima que, naturalmente, había de dejarles aquella eterna perspectiva, inmensa compensación espontánea de todas las miserias, cualesquiera.

2.° *Naturaleza de la participación de los gobiernos en la propagación de las nociones positivas.*

67.—Esta sumaria apreciación basta ahora para señalar, en los diversos aspectos esenciales, la afinidad necesaria de las clases inferiores para la filosofía positiva, que, tan pronto como el contacto haya podido establecerse plenamente, encontrará allí su principal apoyo natural, a un tiempo mental y social, mientras que la filosofía teológica no conviene ya más que a las clases superiores, cuya preponderancia política tiende a eternizar, así como la filosofía metafísica se dirige sobre todo a las clases medias, cuya activa ambición secunda. Todo espíritu meditador debe comprender así finalmente la importancia verdaderamente fundamental que presenta hoy una sabia vulgarización sistemática de los estudios positivos, destinada esencialmente a los proletarios, a fin de preparar una sana doctrina social. Los diversos observadores que pueden libertarse, siquiera momentáneamente, del torbellino diario están de acuerdo ahora en deplorar, y ciertamente con mucha razón, el influjo anárquico que ejercen, en nuestros días, los sofistas y los retores. Pero estas justas quejas serán inevitablemente vanas, mientras no se haya reparado mejor en la necesidad de salir por fin de una situación mental en que la educación oficial no puede conducir, de ordinario, sino a formar sofistas y retores, que tienden luego espontáneamente a propagar el mismo espíritu, por la triple enseñanza que emana de los periódicos, de las novelas y de los dramas, entre las clases inferiores, a quienes ninguna instrucción regular preserva del contagio metafísico, rechazado sólo por su razón natural. Aunque se deba esperar, acerca de esto, que los gobiernos actuales advertirán pronto de cuánta eficacia puede ser la propagación universal de los conocimientos reales, para secundar más cada vez sus esfuerzos continuos para el difícil mantenimiento de un orden indispensable, no hay que esperar todavía de ellos, ni siquiera desear, una cooperación verdaderamente activa en esta gran preparación racional, que debe resultar sobre todo, durante mucho tiempo, de un libre celo privado, inspirado y sostenido por verdaderas convicciones filosóficas. La imperfecta conservación de una grosera armonía política, comprometida sin cesar en medio de nuestro desorden mental y moral, absorbe demasiado justa-

mente su solicitud diaria, e incluso los tiene situados en un punto de vista demasiado inferior, para que puedan comprender dignamente la naturaleza y las condiciones de un trabajo semejante, del que sólo es menester pedirles que entrevean su importancia. Si, por un celo intempestivo, intentaran hoy dirigirlo, no podrían conseguir más que alterarlo profundamente, de manera que se comprometiese mucho su principal eficacia, al no unirlo a una filosofía bastante decisiva, lo que pronto lo haría degenerar en una incoherente acumulación de especialidades superficiales. Así, la escuela positiva, que resulta de un activo concurso voluntario de los espíritus verdaderamente filosóficos, no tendrá que pedir, durante mucho tiempo, a nuestros gobiernos occidentales, para realizar convenientemente su gran oficio social, más que una plena libertad de exposición y de discusión, equivalente a aquella de que ya gozan la escuela teológica y la escuela metafísica. La una puede, todos los días, en sus mil tribunas sagradas, preconizar a su antojo la excelencia absoluta de su eterna doctrina y lanzar a todos sus adversarios, sean cualesquiera, a una condenación irrevocable; la otra, en las numerosas cátedras que le sostiene la munificencia nacional, puede desarrollar diariamente, ante inmensos auditorios, la eficacia universal de sus concepciones ontológicas y la preeminencia indefinida de sus estudios literarios. Sin pretender ventajas semejantes, que el tiempo sólo debe procurar, la escuela positiva no pide esencialmente hoy más que un mero derecho de asilo regular en los locales municipales, para hacer apreciar allí directamente su aptitud última para la satisfacción simultánea de todas nuestras grandes necesidades sociales, propagando con prudencia la única instrucción sistemática que pueda preparar desde ahora una verdadera reorganización, mental primero, luego moral y, por último, política. Con tal que este libre acceso le esté siempre abierto, el celo voluntario y gratuito de sus escasos promotores, secundado por el buen sentido universal y bajo el impulso creciente de la situación fundamental, no temerá nunca sostener, incluso des-

de este momento, una activa competencia filosófica con los numerosos y poderosos órganos, hasta reunidos, de las dos escuelas antiguas. Ahora bien: ya no es de temer que en adelante los hombres de Estado se aparten gravemente, en este aspecto, de la imparcial moderación cada vez más inherente a su propia indiferencia especulativa; incluso la escuela positiva tiene ocasión de contar, a propósito de esto, con la benevolencia habitual de los más inteligentes de ellos, no sólo en Francia, sino también en todo nuestro Occidente. Su vigilancia continua de esta enseñanza popular libre se limitará pronto a prescribirle sólo la condición permanente de una verdadera positividad, apartando de ella, con inflexible severidad, la introducción, todavía demasiado inminente, de las especulaciones vagas o sofísticas. Pero, en este punto, las necesidades esenciales de la escuela positiva coinciden directamente con los deberes naturales de los gobiernos, pues si éstos deben rechazar un abuso semejante en virtud de su tendencia anárquica, aquélla, además de este justo motivo, lo juzga completamente contrario al destino fundamental de tal enseñanza, puesto que reanima ese mismo espíritu metafísico en que ve hoy el principal obstáculo para el advenimiento social de la nueva filosofía. En este aspecto, así como por todos los demás títulos, los filósofos positivos se sentirán siempre casi tan interesados como los poderes actuales en el doble mantenimiento continuo del orden interior y de la paz exterior, porque ven en ello la condición más favorable para una nueva renovación mental y moral; sólo, desde el punto de vista que les es peculiar, deben ver desde más lejos lo que podría comprometer o considerar este gran resultado político del conjunto de nuestra situación transitoria.

Capítulo III
Orden necesario de los estudios positivos

68.—Hemos caracterizado ahora lo bastante, en todos aspectos, la importancia capital que presenta hoy la universal propagación de los estudios positivos, sobre todo entre los proletarios, para constituir en adelante un indispensable punto de apoyo, a la vez mental y social, a la elaboración filosófica que debe determinar gradualmente la reorganización espiritual de las sociedades modernas. Pero tal apreciación quedaría aún incompleta, e incluso insuficiente si el fin de este *Discurso* no estuviera directamente consagrado a establecer el orden fundamental que conviene a esta serie de estudios para fijar la verdadera posición que debe ocupar, en su conjunto, aquel de quien este *Tratado* se ocupará luego exclusivamente. Lejos de que esta coordinación didáctica sea casi indiferente, como nuestro vicioso régimen científico hace suponer demasiado a menudo, puede afirmarse, por el contrario, que depende sobre todo de ella la principal eficacia, intelectual o social, de esta gran preparación. Existe, por otra parte, una íntima solidaridad entre la concepción enciclopédica de donde resulta y la

ley fundamental de evolución que sirve de base a la nueva filosofía general.

1.° *Ley de clasificación.*

69.—Un orden tal debe, por su naturaleza, cumplir dos condiciones esenciales, una dogmática, otra histórica, cuya convergencia necesaria es menester reconocer ante todo: la primera consiste en ordenar las ciencias según su dependencia sucesiva, de manera que cada una descanse en la precedente y prepare la siguiente; la segunda prescribe disponerlas según la marcha de su formación efectiva, pasando siempre de las más antiguas a las más recientes. Ahora bien: la equivalencia espontánea de estas dos vías enciclopédicas procede, en general, de la identidad fundamental que existe inevitablemente entre la evolución individual y la evolución colectiva, las cuales, teniendo un origen igual, un destino semejante y un mismo agente, deben siempre ofrecer fases correspondientes, salvo las únicas diversidades de duración, de intensidad y de velocidad, inherentes a la desigualdad de los dos organismos. Este concurso necesario permite, pues, concebir estos dos modos como dos aspectos correlativos de un único principio enciclopédico, de manera que pueda emplearse habitualmente aquel que, en cada caso, manifieste mejor las relaciones consideradas, y con la preciosa facultad de poder comprobar constantemente por uno lo que resulte por el otro.

70.—La ley fundamental de este orden común, de dependencia dogmática y de sucesión histórica, ha sido establecida completamente en la gran obra indicada más arriba, y cuyo plano general determina. Consiste en clasificar las diferentes ciencias, según la naturaleza de los fenómenos estudiados, según su generalidad y su independencia decrecientes o su complicación creciente, de donde resultan especulaciones cada vez menos abstractas y cada vez más difíciles, pero también cada vez más

eminentes y completas, en virtud de su relación más íntima con el hombre, o más bien con la Humanidad, objeto final de todo el sistema teórico. Esta clasificación toma su principal valor filosófico, sea científico o lógico, de la identidad constante y necesaria que existe entre todos estos diversos modos de comparación especulativa de los fenómenos naturales, y de donde resultan otros tantos teoremas enciclopédicos, cuya aplicación y uso pertenecen a la obra citada, que, además, en el aspecto activo, añade esta importante relación general: que los fenómenos resultan así cada vez más modificables, de manera que ofrecen un dominio cada vez más vasto a la intervención humana. Basta aquí indicar sumariamente la aplicación de este gran principio a la determinación racional de la verdadera jerarquía de los estudios fundamentales, concebidos directamente desde ahora como los diferentes elementos esenciales de una ciencia única, la de la Humanidad.

2.° *Ley Enciclopédica o Jerarquía de las ciencias.*

71.—Este objeto final de todas nuestras especulaciones reales exige, evidentemente, por su naturaleza, a la vez científica y lógica, un doble preámbulo indispensable, relativo, por una parte, al hombre propiamente dicho, y por otra parte, al mundo exterior. No se podría, en efecto, estudiar racionalmente los fenómenos, estáticos o dinámicos, de la sociabilidad, si no se conociera antes suficientemente el agente especial que los realiza y el medio general en que se cumplen. De ahí resulta, pues, la división necesaria de la filosofía natural, destinada a preparar la filosofía social, en dos grandes ramas, orgánica una y la otra inorgánica. En cuanto a la disposición relativa de estos dos estudios igualmente fundamentales, todos los motivos esenciales, sean científicos o lógicos, coinciden en prescribir, en la educación individual y en la evolución colectiva, que se comience por el segundo, cuyos fenómenos, más senci-

llos y más independientes, por razón de su superior generalidad, permiten únicamente, primero, una apreciación verdaderamente positiva, mientras que sus leyes, en directa relación con la existencia universal, ejercen luego una influencia necesaria sobre la existencia especial de los cuerpos vivos. La astronomía constituye necesariamente, en todos aspectos, el elemento más decisivo de esta teoría previa del mundo exterior, ya como más susceptible de una plena positividad, ya en tanto que caracteriza el medio general de todos nuestros fenómenos cualesquiera, y manifiesta, sin ninguna otra complicación, la mera existencia matemática, es decir, geométrica o mecánica, común a todos los seres reales. Pero aun cuando se condensen lo más posible las verdaderas concepciones enciclopédicas, no se podría reducir la filosofía inorgánica a este elemento principal, porque quedaría entonces aislada enteramente de la filosofía orgánica. Su vínculo fundamental, científico y lógico, consiste sobre todo en la rama más compleja de la primera, el estudio de los fenómenos de composición y de descomposición, los más eminentes de los que lleva consigo la existencia universal y los más próximos al modo vital propiamente dicho. Así es cómo la filosofía natural, considerada como el preámbulo necesario de la filosofía social, descomponiéndose primero en dos estudios extremos y un estudio intermedio, comprende sucesivamente estas tres grandes ciencias: la astronomía, la química y la biología, la primera de las cuales se refiere inmediatamente al origen espontáneo del verdadero espíritu científico, y la última, a su destino esencial. Su despliegue inicial respectivo corresponde, históricamente, a la antigüedad griega, a la edad media y a la época moderna.

72.—Una apreciación enciclopédica semejante no cumpliría aún suficientemente las condiciones indispensables de continuidad y de espontaneidad propias de tal cuestión: de un lado deja una laguna capital entre la astronomía y la química, cuya unión no podría ser directa; de otro lado, no indica bastante la verdadera fuente de

este sistema especulativo, como una mera prolongación abstracta de la razón común, cuyo punto de partida científico no podía ser directamente astronómico. Pero para completar la fórmula fundamental basta, en primer lugar, insertar en ella, entre la astronomía y la química, la física propiamente dicha, que sólo ha adquirido existencia distinta con Galileo; en segundo lugar, poner al comienzo de este vasto conjunto la ciencia matemática, única cuna necesaria de la positividad racional, tanto para el individuo como para la especie. Si, por una aplicación más especial de nuestro principio enciclopédico, se descompone a su vez esta ciencia inicial en sus tres grandes ramas, el cálculo, la geometría y la mecánica, se determina por fin, con la última precisión filosófica, el verdadero origen de todo el sistema científico, nacido primero, en efecto, de las especulaciones puramente numéricas, que al ser, entre todas, las más generales, las más sencillas, las más abstractas y las más independientes, se confunden casi con el impulso espontáneo del espíritu positivo en las inteligencias más vulgares, como todavía lo confirma a nuestros ojos la observación diaria del desarrollo individual.

73.—Así se llega gradualmente a descubrir la invariable jerarquía, a la vez histórica y dogmática, de igual modo científica y lógica, de las seis ciencias fundamentales: la matemática, la astronomía, la física, la química, la biología y la sociología, la primera de las cuales constituye necesariamente el punto de partida exclusivo, y la última, el único fin esencial de toda la filosofía positiva, considerada desde ahora como algo que forma, por su naturaleza, un sistema verdaderamente indivisible, donde toda descomposición es radicalmente artificial, sin ser, por otra parte, de ningún modo, arbitraria, y que se refiere finalmente a la Humanidad, única concepción plenamente universal. El conjunto de esta fórmula enciclopédica, exactamente conforme con las verdaderas afinidades de los estudios correspondientes y que, por otra parte, comprende evidentemente todos los elementos de nuestras especulaciones reales, permite

al fin a toda inteligencia renovar a su antojo la historia general del espíritu positivo, pasando, de un modo casi insensible, de las menores ideas matemáticas a los más altos pensamientos sociales. Es claro, en efecto, que cada una de las cuatro ciencias intermedias se confunde, por así decirlo, con la precedente en cuanto a sus fenómenos más sencillos, y con la siguiente en cuanto a los más eminentes. Esta perfecta continuidad espontánea resultará sobre todo irrecusable para todos los que reconozcan, en la obra antes indicada, que el mismo principio enciclopédico da también la clasificación racional de las diversas partes que constituyen cada estudio fundamental, de manera que los grados dogmáticos y las fases históricas pueden aproximarse tanto como lo exija la precisión de las comparaciones o la facilidad de las transiciones.

74.—En el estado actual de las inteligencias, la aplicación lógica de esta gran fórmula es aún más importante que su uso científico, ya que el método es, en nuestros días, más esencial que la doctrina misma, y además lo único susceptible inmediatamente de una plena regeneración. Su principal utilidad consiste, pues, hoy en determinar rigurosamente la marcha invariable de toda educación verdaderamente positiva, en medio de los prejuicios irracionales y de los viciosos hábitos propios del desarrollo preliminar del sistema científico, formado así gradualmente de teorías parciales e incoherentes, cuyas relaciones mutuas debían permanecer inadvertidas hasta ahora por sus sucesivos fundadores. Todas las clases actuales de sabios violan ahora, con igual gravedad, aunque en distintos aspectos, esta obligación fundamental. Para limitarse aquí a indicar los dos casos extremos, los geómetras, justamente orgullosos de estar situados en la verdadera fuente de la positividad racional, se obstinan ciegamente en retener al espíritu humano en ese grado puramente inicial del verdadero desarrollo especulativo, sin considerar nunca su único fin necesario; por el contrario, los biólogos, preconizando con perfecto derecho la dignidad superior de su

tema, inmediatamente próximo a ese gran destino, persisten en mantener sus estudios en un irracional aislamiento, eximiéndose arbitrariamente de la difícil preparación que su naturaleza exige. Estas disposiciones opuestas, pero igualmente empíricas, conducen hoy con demasiada frecuencia, en unos, a una vana pérdida de esfuerzos intelectuales, consumidos desde ahora, en gran parte, en investigaciones cada vez más pueriles: en los otros, a una inestabilidad continua de las diversas nociones esenciales, por falta de una marcha verdaderamente positiva. Sobre todo en este último aspecto, se debe observar, en efecto, que los estudios sociales no son ahora los únicos que quedan aún fuera del sistema plenamente positivo, bajo el estéril dominio del espíritu teológico-metafísico; en el fondo, los estudios biológicos mismos, sobre todo dinámicos, aunque estén constituidos académicamente, tampoco han alcanzado hasta ahora una verdadera positividad, puesto que ninguna doctrina capital está en ellos suficientemente perfilada, de modo que el campo de las ilusiones y de las juglarías sigue siendo en ellos, todavía, casi indefinido. Pero la deplorable prolongación de una situación semejante tiende esencialmente, en uno y otro caso, al insuficiente cumplimiento de las grandes condiciones lógicas determinadas por nuestra ley enciclopédica, pues nadie discute ya, desde hace mucho tiempo, la necesidad de una marcha positiva; pero todos desconocen su naturaleza y sus obligaciones, que sólo puede caracterizar la verdadera jerarquía científica. ¿Qué esperar, en efecto, sea acerca de los fenómenos sociales, sea incluso acerca del estudio, más sencillo, de la vida individual, de una cultura que aborda directamente especulaciones tan complejas sin haberse preparado dignamente para ellas por una sana apreciación de los métodos y de las doctrinas relativos a los diversos fenómenos menos complicados y más generales, de manera que no puede conocer suficientemente ni la lógica inductiva, caracterizada principalmente, en el estado rudimentario, por la química, la física y, ante todo, la astronomía, ni siquiera la pura

lógica deductiva, o el arte elemental del razonamiento decisivo, que sólo la iniciación matemática puede desarrollar de un modo conveniente?

75.—Para facilitar el uso habitual de nuestra fórmula jerárquica conviene mucho, cuando no se tiene necesidad de una gran precisión enciclopédica, agrupar sus términos dos a dos, de modo que se reduzca a tres parejas: una inicial, matemático-astronómica: otra final, biológico-sociológica, separadas y reunidas por la pareja intermedia, físico-química. Esta afortunada condensación resulta de una apreciación irrecusable, puesto que existe, en efecto, mayor afinidad natural, científica o lógica, entre los dos elementos de cada pareja que entre las parejas consecutivas mismas, como lo confirma a menudo la dificultad que se experimenta para separar netamente la matemática de la astronomía y la física de la química, a causa de los hábitos vagos que aún dominan acerca de todos los pensamientos de conjunto; la biología y la sociología, sobre todo, continúan casi confundidas en la mayor parte de los pensadores actuales. Sin llegar nunca hasta estas viciosas confusiones, que alterarían radicalmente las transiciones enciclopédicas, será con frecuencia útil reducir así la jerarquía elemental de las especulaciones reales a tres parejas esenciales, cada una de las cuales podrá además designarse brevemente según su elemento más especial, que es siempre, efectivamente, el más característico y el más propio para definir las grandes fases de la evolución positiva, individual o colectiva.

3.° *Importancia de la Ley enciclopédica.*

76.—Esta somera apreciación basta aquí para indicar el destino y señalar la importancia de una ley enciclopédica semejante, en la que finalmente reside una de las dos ideas madres cuya íntima combinación espontánea constituye necesariamente la base sistemática de la nueva filosofía general. La terminación de este largo *Discurso,* donde

el verdadero espíritu positivo ha sido caracterizado en todos los aspectos esenciales, se aproxima así a su comienzo, puesto que esta teoría de clasificación debe ser considerada, en último término, como naturalmente inseparable de la teoría de evolución expuesta al principio; de manera que el presente *Discurso* forma él mismo un verdadero conjunto, imagen fiel, aunque muy contraída, de un vasto sistema. Es fácil comprender, en efecto, que la consideración habitual de tal jerarquía ha de resultar indispensable, ya para explicar convenientemente nuestra ley inicial de los tres estados, ya para disipar de modo suficiente las únicas objeciones serias que pueda permitir, pues la frecuente simultaneidad histórica de las tres grandes fases mentales respecto a especulaciones diferentes constituiría, de cualquier otro modo, una inexplicable anomalía, que resuelve, por el contrario, espontáneamente, nuestra ley jerárquica, relativa tanto a la sucesión como a la dependencia de los diversos estudios positivos. Se concibe igualmente, en sentido inverso, que la regla de la clasificación supone la de la evolución, puesto que todos los motivos esenciales del orden así establecido resultan, en el fondo, de la desigual rapidez de este desarrollo en las diferentes ciencias fundamentales.

77.—La combinación racional de estas dos ideas madres, al constituir la unidad necesaria del sistema científico, todas cuyas partes concurren cada vez más a un mismo fin, asegura también, por otra parte, la justa independencia de los diversos elementos principales, todavía alterada con demasiada frecuencia por aproximaciones viciosas. En su desarrollo preliminar, el único realizado hasta ahora, al haber tenido el espíritu positivo que extenderse así gradualmente de los estudios inferiores a los estudios superiores, éstos han sido expuestos inevitablemente a la opresiva invasión de los primeros, contra cuyo ascendiente su indispensable originalidad no encontraba, por lo pronto, garantía más que en una prolongación exagerada de la tutela teológico-metafísica. Esta deplorable fluctuación, muy sensi-

ble aún en la ciencia de los cuerpos vivos, caracteriza hoy lo que contienen de real, en el fondo, las largas controversias, por lo demás tan vanas en todos los otros aspectos, entre el *materialismo* y el *espiritualismo*, que representan de un modo provisional, en formas igualmente viciosas, las necesidades, igualmente graves, aunque por desgracia opuestas hasta ahora, de la realidad y la dignidad de nuestras especulaciones cualesquiera. Llegado desde ahora a su madurez sistemática, el espíritu positivo disipa a la vez estos dos órdenes de aberraciones, al terminar estos estériles conflictos por la satisfacción simultánea de estas dos condiciones viciosamente contrarias, como lo indica inmediatamente nuestra jerarquía científica combinada con nuestra ley de evolución, puesto que ninguna ciencia puede llegar a una verdadera positividad sino en tanto que la originalidad de su carácter propio esté plenamente consolidada.

78.—Una aplicación directa de esta teoría enciclopédica, a la vez científica y lógica, nos conduce, por último, a definir exactamente la naturaleza y el destino de la enseñanza especial a la que este *Tratado* está consagrado. Resulta, en efecto, de las explicaciones precedentes que la principal eficacia, primero mental y luego social, que debemos buscar hoy en una sabia propagación universal de los estudios positivos, depende necesariamente de una estricta observancia didáctica de la ley jerárquica. Para toda rápida iniciación individual, como para la lenta iniciación colectiva, será siempre indispensable que el espíritu positivo, desarrollando su régimen a medida que agrande su dominio, se eleve poco a poco del estado matemático inicial al estado sociológico final, recorriendo sucesivamente los cuatro grados intermedios: astronómico, físico, químico y biológico. Ninguna superioridad personal puede dispensar verdaderamente de esta fundamental gradación, a propósito de la cual se tienen hoy demasiadas ocasiones de comprobar, en elevadas inteligencias, una irreparable la-

guna, que a veces ha neutralizado eminentes esfuerzos filosóficos. Una marcha tal debe hacerse, pues, aún más indispensable en la educación universal, donde los especialismos tienen poca importancia y cuya principal utilidad, más lógica que científica, exige esencialmente una racionalidad plena, sobre todo cuando se trata de constituir por fin el verdadero régimen mental. De este modo, esta enseñanza popular debe referirse hoy principalmente a la pareja científica inicial, hasta que esté convenientemente vulgarizada. De allí es de donde todos deben primero tomar las verdaderas nociones elementales de su positividad general, adquiriendo los conocimientos que sirven de base a todas las demás especulaciones reales. Aunque esta estricta obligación lleve forzosamente a poner al principio los estudios puramente matemáticos, es menester, sin embargo, considerar que no se trata todavía de establecer una sistematización directa y completa de la instrucción popular, sino sólo de imprimir convenientemente el impulso filosófico que debe conducir a ella. Desde ese momento se reconoce fácilmente que un movimiento semejante debe de depender sobre todo de los estudios astronómicos, que, por su naturaleza, ofrecen necesariamente la plena manifestación del verdadero espíritu matemático, de quien constituyen, en el fondo, el principal destino. Hay tantos menos inconvenientes actuales en caracterizar así a la pareja inicial por la sola astronomía cuanto que los conocimientos matemáticos verdaderamente indispensables para su juiciosa vulgarización están ya bastante extendidos o son bastante fáciles de adquirir para que pueda uno limitarse hoy a suponerlos resultantes de una preparación espontánea.

79.—Esta preponderancia necesaria de la ciencia astronómica en la primera propagación sistemática de la iniciación positiva está del todo conforme con la influencia histórica de tal estudio, principal motor hasta ahora de las grandes revoluciones intelectuales. El sentimiento fundamental de la invariabilidad de las leyes naturales debía, en efecto, desarrollarse primero para

los fenómenos más sencillos y generales, cuya regularidad y magnitud superiores nos manifiestan el único orden real que sea completamente independiente de toda modificación humana. Incluso antes de poseer aún ningún carácter verdaderamente científico, esta clase de concepciones ha determinado, sobre todo, el paso decisivo del fetichismo al politeísmo, resultante en todas partes del culto de los astros. Su primer bosquejo matemático, en las escuelas de Tales y de Pitágoras, constituyó luego la principal fuente mental de la decadencia del politeísmo y del ascendiente del monoteísmo. Por último, el despliegue sistemático de la positividad moderna, que tiende abiertamente a un nuevo régimen filosófico, ha resultado esencialmente de la gran renovación astronómica comenzada por Copérnico, Kepler y Galileo. Por tanto, no hay que extrañarse mucho de que la universal iniciación positiva, sobre la que debe apoyarse el advenimiento directo de la filosofía definitiva, se halle también dependiente, en primer término, de un estudio semejante, según la conformidad necesaria de la educación individual con la evolución colectiva. Ese es, sin duda, el último oficio fundamental que deba pertenecerle en el desarrollo general de la razón humana, que, una vez llegada en todos a una verdadera positividad, deberá avanzar luego bajo un nuevo impulso filosófico, emanado directamente de la ciencia final, investida desde entonces para siempre de su presidencia normal. Tal es la utilidad eminente, no menos social que mental, que se trata aquí de obtener, por último, de una juiciosa exposición popular del sistema actual de los sanos estudios astronómicos.